

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

perdido cadáver, gratificaré devolución

SILVER KANE



SS

**SERVICIO
SECRETO**



SILVER KANE

**PERDIDO CADAVER,
GRATIFICARE
DEVOLUCION**

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.168 Publicación
semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 43.570-1972
Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1972

© SILVER KANE-1972
texto

© ENRIQUE MARTIN-1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

INTRODUCCIÓN

La guerra, y con eso no descubro nada y caigo en la perogrullada, es muerte, destrucción, sufrimiento y penalidades; es hambre, sed y escasez.

CAPÍTULO PRIMERO

Como todos los lectores sin duda recuerdan, un comando suicida japonés, al servicio de los guerrilleros árabes, sembró hace poco la muerte en el aeropuerto de Tel Aviv. Las víctimas de la salvaje matanza nada tenían que ver con la guerra entre árabes y judíos, pues eran en su mayor parte portorriqueños que realizaban una peregrinación a Tierra Santa. Tampoco, en apariencia, tenían nada que ver con la guerra los asesinos, pues éstos venían desde el otro lado del mundo. Fue un episodio innoble, bochornoso, innecesario y cruel, uno de esos episodios que hacen que nos avergoncemos de nuestra condición de hombres supuestamente civilizados. Y un episodio demostrativo, además, de que el mundo sigue estando irremediabilmente loco.

Como dijo un periódico: «¿Qué mundo demencial es éste en el que, porque los árabes y los judíos se pelean, los japoneses matan a los portorriqueños?».

Pero el sangriento episodio ya es simplemente historia.

El mundo nada habrá aprendido a pesar de la sangre derramada.

Al contrario.

Se dice que hay nuevos comandos japoneses dispuestos a repetir la macabra hazaña. El Japón, país enormemente práctico pero al mismo tiempo terriblemente enigmático, donde aún persiste la casta de los que consideran noble morir en una misión suicida, es el único lugar del mundo de donde aún resulta posible extraer esos extraños hombres que mueren y matan por un ideal absolutamente desconocido.

Quizá pensaba en eso el hombrecillo que aquella noche atravesó desde Brooklyn a Richmond por el Toll Bridge y se dirigió a Roselle Park, junto a la población de Elizabeth. El hombrecillo tenía aspecto de manager de negocios japonés de los que tanto abundan en los Estados Unidos. Y en realidad así era. Era un hombre de negocios

japonés. Lo que le diferenciaba de los otros era que su negocio resultaba un tanto especial, pues él, sencillamente, compraba y vendía vidas humanas.

El oriental había dejado el avión de línea en el aeropuerto Kennedy, junto a Jamaica Bay, y había tomado en un coche de alquiler la autopista de Fort Hamilton, que le dejó en Toll Bridge, un poco por encima de Coney Island. Desde allí atravesó todo Richmond y se detuvo, como acaba de decirse, en Roselle Park. A su espalda quedaba la bahía de Newark y desde el lugar se escuchaba el zumbido incesante de los aviones que llegaban y salían del aeropuerto, el segundo en importancia de la gran capital. Pues Newark, pese a estar en el estado de Nueva Jersey, acoge en realidad a una gran cantidad de viajeros de Nueva York, en especial los que hacen las rutas entre Canadá y México.

En Roselle Park hay una serie de atracciones y un notable museo de figuras de cera. El hombrecillo, pisando delicadamente los charcos que había dejado la reciente lluvia, se dirigió hacia él tras estacionar el coche a cierta distancia.

El museo, llamado Gente de hoy, correspondía a esa nueva idea que se tiene de los museos de esta clase: hay que acercar al gran público a los personajes que aún viven, pero que quizá el gran público no podrá ver de cerca nunca. Y así el museo alineaba figuras perfectamente hechas de personajes actualísimos, desde el presidente Pompidou al futbolista Best, y desde Jacqueline Kennedy a Alfred Hitchcock. Las figuras estaban tan perfectamente hechas que la sensación de realidad resultaba abrumadora. Incluso las ropas eran auténticas de los personajes representados, y les habían sido pedidas expresamente con este fin.

El museo no resultaba mal negocio.

Los visitantes de la feria solían entrar en él animados por esa curiosidad que mueve a las gentes sencillas, deseosas de contemplar de cerca —e incluso de sacarles la lengua— a personajes que deciden el destino del mundo en un sentido u otro, pero con los que no podrán encontrarse nunca.

El hombrecillo sacó su entrada para el museo, que estaba a punto de cerrar. Apenas se veía ya a nadie por Roselle Park. La lluvia había dispersado a la gente, y sólo algunas parejas se besaban en los bancos públicos. El museo tenía un aspecto triste, con las

luces ya medio apagadas, a esa hora mortecina en que en los sitios ya no entra nadie.

El pequeño japonés se dio cuenta de que muchas de las figuras ya estaban protegidas tras sus cortinas, lo cual impedía verlas. Pero era mejor así, porque él sólo tenía interés en una, y la figura que él buscaba estaba descubierta.

Se trataba de una maravillosa mujer.

Era rubia, de ojos profundos, quietos. La quietud resultaba absolutamente lógica, claro, en una figura de cera. Tenía las manos plegadas en el regazo. La falda torneaba muy bien las piernas opulentas que se exhibían hasta más arriba de las rodillas. Resultaban tan encantadoras que uno tenía que pensar por fuerza que era una lástima el que no fuesen de carne y hueso. Pero, al mismo tiempo, la sensación de realismo que causaban era tal que se sentía la oscura tentación de acariciarlas, aun sabiendo que ése era un estúpido acto de fetichismo.

La figura llevaba joyas.

Falsas, naturalmente.

Y el maquillaje resultaba tan perfecto que sólo le faltaba levantarse y hablar.

Pero el que habló fue el japonés.

Resultaba ridículo hablar a una figura de cera.

Y sin embargo lo hizo con precaución. Se convenció primero de que no había nadie allí. Luego miró el cartelito que indicaba el nombre de la persona representada.

El cartel decía sencillamente: «*Miss Elaine Simpson*».

Nadie sabía quién era.

Los entendidos sí.

Los entendidos sabían que era la esposa del propietario del museo, y que no existía ninguna otra razón para que estuviera representada en él. O quizá sí que existía una: lo bonita que resultaba. Muchas veces es conveniente que esos lugares se animen un poco con figuras femeninas capaces de atraer las miradas de la gente. Cierto que había allí varias artistas, pero a las artistas ya las ve el público en la pantalla. Cierto también que estaba allí Jacqueline Kennedy, pero Jacqueline Kennedy ya no es lo que fue hace unos años, cuando los acontecimientos la convirtieron en la viuda más famosa del mundo.

El japonés se caló unas gafas. Parecía ir a dar un informe comercial. Y susurró:

—Acabo de llegar desde mi país en un vuelo regular a través de Honolulu y San Francisco. Sin pérdida de tiempo he venido a informar. Tengo a tres hombres que están dispuestos a efectuar el trabajo y que han empezado ya a entrenarse. Los tres pertenecen a la vieja casta de los samurái y no harán ninguna pregunta. Garantizo su eficacia si se me facilita el modo de hacerlos entrar en los Estados Unidos. Mis honorarios por la búsqueda, el entrenamiento y los detalles, serán de cien mil dólares por cada uno de ellos. Vendo a los tres japoneses por trescientos mil dólares.

Luego se quitó las gafas.

Estaba completamente serio.

Había hablado ante una figura de cera, en un museo abandonado de Roselle Park, y sin embargo parecía haberlo hecho ante un consejo de administración reunido en un edificio de Manhattan. Naturalmente, no esperó ninguna respuesta. La figura de cera no podía hablar.

Dio media vuelta y se alejó.

Todo aquello tenía un cierto aire de cosa imposible.

Había hecho como quien dice una oferta comercial a una figura de cera.

Pero él sabía de que de ese «informe comercial» dependían no sólo sus trescientos mil dólares, sino la vida de muchas personas. En especial la vida de políticos situados a tanta altura que aquello produciría una auténtica revolución mundial.

Pero eso no importaba en absoluto a aquel pequeño mercader de la muerte.

El solo pensaba en sus trescientos mil dólares.

Había hecho una oferta.

Esperaba que se la aceptasen.

Atravesando de nuevo los charquitos con el más exquisito cuidado, el oriental subió a su coche de alquiler y cambió de rumbo, tomando la autopista que conduce a Jersey City. Desde allí se desvió, a través de Harrison, hasta llegar al distrito portuario de Hoboken, en uno de cuyos hoteles, bastante modestos, se alojó.

No quería llamar la atención.

Un distrito como el de Hoboken era bueno para él, que simulaba

representar a una gran compañía internacional de repuestos marítimos.

Se dio una ducha, se metió en cama, estiró sus cortas patitas y se quedó dulcemente dormido.

Como un niño.

Como un niño al que hubieran prometido trescientos mil dólares para su fiesta particular de los Reyes Magos.

A aquella misma hora, en un despacho de los juzgados generales del distrito de Brooklyn, el honorable juez John Everett Parkinson se ponía la toga encima del traje de calle, con gesto de fastidio, y entraba en la sala de audiencias donde sólo había dos hombres. Puesto que los conocía, y puesto que su labor era rutinaria, no se molestó ni en retirar de sus labios el puro de cincuenta centavos que llevaba en la boca.

—Iba a marcharme ya —dijo—. He tenido un día de auténtica pesadilla. Podían haber escogido otra hora para resolver sus condenados asuntos.

Los dos hombres inclinaron la cabeza respetuosamente. Eran asiduos de aquel lugar, como lo eran también de todos los juzgados del gran Nueva York. Y estaban acostumbrados a que los jueces los recibieran de uñas, puesto que tenían que presentarse ante ellos después de terminadas las horas de audiencia.

Uno de aquellos dos hombres, el de mayor edad, murmuró:

—Respetuosamente se presentan los oficiales del FBI Rock County y Edmund Feller, señoría.

—Los conozco, los conozco... Es la sexta o séptima vez que vienen, de modo que ahórrense los trámites. ¿Qué quieren esta vez?

—El FBI solicita una orden de detención provisional contra una persona de este distrito, señoría.

—¿Contra quién?

—Contra la señorita Glenda Forester.

El juez extrajo un impreso que tenía en el cajón central de su mesa y escribió con rapidez: «Glenda Forester». Luego firmó.

—Pongan ustedes mismos el domicilio. Hala, fuera.

Feller tomó el impreso.

—Se trata de un interrogatorio rutinario, señoría. Si transcurrido el plazo legal tuviéramos acusaciones que hacer, lo trasladaríamos a usted y al fiscal del distrito para lo que en derecho procediera.

—Muy bien, Feller, muy bien. Conozco mis leyes y las tuyas, que son un poco distintas. Pueden irse. Ya tengo ganas de estar en mi casa y de leer una novela policíaca en la que no salgan tipos como ustedes. Adiós.

Se levantó, dio una chupada al puro y salió de la sala.

Era una lata que incluso a aquellos actos hubiera que darles una cierta solemnidad. Que hubiera que despacharlos con toga y en la sala de audiencias.

Mientras él se quitaba la toga en el despacho contiguo, los dos federales salieron a la calle y se dirigieron por entre la niebla al desierto aparcamiento. Había llovido poco antes y todo estaba lleno de pequeños charquitos que olían a naturaleza virgen. Para que la ilusión fuera perfecta, sólo hacía falta el croar de alguna rana.

Feller bostezó.

—¡Y ahora sigue trabajando! —dijo—. ¡Ahora, cuando por la televisión van a dar un combate de boxeo de los que sólo hay uno cada cuatro años!

Rock County suspiró mientras abría la portezuela del coche.

Era más alto, más fuerte y más joven que su compañero. También vestía con más desenvoltura, y esta noche no se le veía tan cansado como a Feller.

—No hace falta que te molestes —dijo—. La detención puedo hacerla yo. Al fin y al cabo es una cosa rutinaria.

—No estoy tan seguro, Rock. Los cargos podrían ser graves.

—Está bien, como quieras... Yo sólo pretendía dejarte descansar un poco.

Feller bostezó mientras apoyaba las manos en el capó del coche.

—Y el caso es que ante la televisión se estaría tan bien ahora... —susurró—. ¿Me harías ese favor, Rock? ¿Te pasarás tú solito el mal trago?

—Claro que sí, Feller, no faltaba más. Llévame a ese sitio y acabemos.

Los dos hombres subieron al coche y enfilaron en sentido ascendente la avenida de Coney Island, dejando a la izquierda Ocean Parckway, donde el tráfico de coches aún era bastante intenso. Al llegar a Church Avenue se dirigieron a la izquierda hacia Prospect Park, que viene a ser en el distrito de Brooklyn como el Central Park en el distrito de Manhattan.

—Detente aquí —dijo Mark—; no hace falta que nos vean llegar.

—¿Tú crees que la encontrarás acostada?

—Es igual. Si la encuentro acostada lo lamentaré mucho, pero la sacaré de la cama.

—Buena suerte, Rock.

—Adiós.

Feller dejó el coche y se dispuso a tomar un taxi en la parada que hay junto al jardín botánico, en Eastern Parckway. Rock se quedó con el vehículo, pero lo dejó instantes después, para avanzar a pie hasta el edificio que le interesaba.

Éste era una agradable casa de dos pisos que tenía en la parte frontal un jardín tan cuidado como el de una parroquia. Unos cuantos cipreses adornaban una rumorosa fuente. El clima de reposo que se respiraba allí resultaba tanto más encantador a poca distancia de las abigarradas arterias de Brooklyn.

Rock County atravesó la cancela sin llamar.

Dejó atrás el jardín.

La gran puerta de hierro que daba entrada a la casa estaba entornada, y él la empujó. Se encontró con unas elegantes escaleras de mármol que estaban construidas con un gusto ya algo pasado de moda. Las ascendió y se encontró en una salita.

¿Estaba también pasada de moda la chica sentada allí?

Las chicas bonitas, eso lo sabemos todos, no pasan de moda nunca. Hay épocas en que se dice que las mujeres han de estar más delgadas; otras en que se dice que han de estar más llenitas. Pero donde haya una chica-cañón déjese usted de sutilezas. Y ésta, la que Rock tenía delante, era una chica-cañón. Una chica-cañón capaz de ganar por sí solita una guerra.

Rock musitó:

—Ya tengo la orden de detención contra ti, Glenda. Te juro que no he podido evitarlo.

Ella se puso en pie.

Estaba algo pálida, pero trataba de sonreír.

Avanzó hacia él...

CAPÍTULO II

Si la chica podía parecer anticuada no era por su figura, que hubiera resultado sensacional lo mismo ahora que en el siglo XVIII. Era porque vestía de negro y con demasiada severidad. Se notaba que quería infundir respeto más que admiración. Y Rock County sabía por qué.

Era una lástima.

¡Con lo bien que le hubiesen venido a Glenda un par de detalles alegres!

Pero hay profesiones que no lo permiten. ¿Qué se le va a hacer? Hay profesiones que parecen marcadas por el destino.

Cuando se separaron sus bocas, ella musitó:

—Ha sido consolador, al fin y al cabo, que te encargaran eso a ti, Rock. Con otra persona no hubiera sabido ir. Espera un momento a que me cambie y te acompañaré.

El negó con la cabeza.

—No irás, Glenda —musitó.

—¿Por qué? ¿Pero qué dices...?

—Los cargos pueden ser graves. Sé que dentro de una semana esto estará resuelto, pero ahora la situación puede ser seria. Te conviene evaporarte de momento; te conviene ganar siete días.

—¿Evaporarme... delante de tus ojos? ¿Y tu carrera? ¿Qué van a decir de ti?

—Me cisco en mi carrera si mi carrera sólo ha de servirme para detener a la mujer que amo. Pero además tengo un plan: diré que no te he encontrado. Que habías huido.

—Lo cual representará un nuevo cargo contra mí: fugitiva de la justicia.

—Nada de eso, Glenda. No se te puede considerar fugitiva mientras yo no te haya enseñado la orden de detención, y yo diré que no he podido enseñártela. Simplemente te buscarán, pero no

podrán encontrarte. Dentro de siete días, cuando todo se haya resuelto, apareces y en paz. Dices que estabas de viaje en uso legítimo de tus derechos. Nadie te podrá acusar de nada.

Ella dio un paso por el severo recinto, amueblado, eso sí, con unas piezas completamente pasadas de moda.

—¿Por qué crees que los cargos son tan graves precisamente ahora, Rock?

—Tú estableciste contactos con miembros de la Comisión de Derechos Humanos. Eso es perfecto, y yo lo apoyo. Has hablado con miembros de todas las minorías más o menos oprimidas, desde la de los mexicanos a la de los chinos. Tampoco lo reprocho. Eres una chica que vive para un ideal. Pero dos de los chinos con los que hablaste eran espías, cosa que tú ignorabas. ¿Sabes qué significa esto? Que de momento se te acusará de complicidad.

La muchacha palideció.

Era evidente que no había esperado eso.

Apenas con un soplo de voz dijo, volviéndose de pronto:

—¿Es posible...?

—Perfectamente posible mientras no se aclaren las cosas, Glenda. A los del FBI todo eso de los derechos humanos les suena a música celestial cuando hay un caso de espionaje de por medio. Esta detención, que parece rutinaria, se elevará a definitiva dentro de un par de días y se abrirá un proceso contra ti. Aunque salgas absuelta, cosa que sería lógica, pasarías unos meses de infierno y tu nombre se vería comprometido para siempre. Es indispensable que no se abra proceso contra ti. En ese caso, lo solucionamos todo en pocos días.

—¿Por qué? ¿Y por qué has hablado del plazo de una semana?

—Porque esos espías están a punto de ser detenidos; tardarán como máximo cuatro o cinco días en caer. Cuando hablen, no te envolverán para nada a ti en sus asuntos y por lo tanto las sospechas volarán como una pompa de jabón. En cambio, si estás ya procesada, las cosas seguirán el inevitable y pesadísimo trámite legal. De veras: te conviene desaparecer durante unos días.

—¿Desaparecer? ¿Pero cómo?

—De manera que sea imposible seguir tu pista: ni controles de carreteras, ni de aeródromos, ni de puertos.

—¿Qué he de hacer? ¿Convertirme en una pompa de jabón yo

también? ¿O atravesar el país a pie por caminos de carro?

El sonrió amargamente.

—Glenda —musitó—, sólo hay una cosa que nunca me ha gustado de ti.

—¿Cuál?

—Tu negocio.

Ella se defendió. Sus hermosos labios dibujaron un mohín obstinado.

—Este negocio me lo dejó mi padre. Y es tan honrado como cualquier otro. O más. ¡Hala, prueba a que el país marche sin él! ¡Haz que cerremos todos! ¡Verás qué juerga!

El señaló su vestido de luto. Señaló los muebles severos y totalmente pasados de moda.

—Y todo esto, ¿es necesario? —preguntó.

—Todo esto infunde confianza a la clientela. Da sensación de seriedad.

—Como los cipreses de la entrada.

—Sí, como los cipreses de la entrada. ¿Y qué?

Rock abrió una de las ventanas del despacho. La ventana no daba a la vía pública, sino a un recinto interior de la casa. A una gran nave en la que se leía al revés, en el letrero que daba a la puerta de la otra calle:

TALLERES DE LA FUNERARIA FORESTER

Ya no trabajaba nadie allí a aquella hora. Sólo había en la gran nave dos notables colecciones de ataúdes de todas clases, un par de los cuales eran de auténtico lujo. Una furgoneta negra se encontraba en el interior, sin duda dispuesta a cargar algunos de ellos. Pero no se veía a nadie.

Rock se lamentó:

—Ya ves... Una funeraria.

—Te repito que el negocio me lo dejó mi padre y que no lo liquidaré hasta que nos casemos. ¡Hala! ¡Dime qué tiene de malo!

—Por lo menos esta vez nos va a salvar —dijo Rock.

Ella arqueó las cejas.

—¿Salvar? —preguntó incrédula—. ¿Qué quieres decir?

—Ahí veo un ataúd magnífico, una auténtica obra de arte —señaló Rock desde la ventana.

—Es un encargo.

—¿Para quién?

—¿No sabes que se está muriendo Harry Stewart?

—Sí, claro... Harry Stewart... Me dijeron que estaba muy mal.

—No es que esté mal; está desahuciado. Puede vivir aún unos días, pero se nos ha pedido que lo tengamos todo dispuesto. Es un encargo del Gobierno.

—¿Del Gobierno? —preguntó Rock.

—Naturalmente. Harry Stewart fue consejero privado de tres presidentes de los Estados Unidos: Eisenhower, Kennedy y Johnson. Ya es muy viejo y está en las últimas, pero el presidente Nixon quiere que se le haga un solemne entierro oficial. Habrá una ceremonia privada en la Casa Blanca y, naturalmente, habrá también un ataúd de lujo.

—¿Éste?

—Sí. El que ves. Nos lo han encargado con tiempo porque un ataúd así no se improvisa.

—Pues lo siento, Glenda, pero no será para Harry Stewart.

—¿Quéeee...?

—Es el más espacioso de todos, ¿no?

—¡Claro!

—Y el único cuyos adornos permiten practicar varios agujeros sin que se note nada.

—¿Estás loco, Rock? ¿Qué quieres decir?

El simuló no haberla oído.

—Por lo que veo, la furgoneta va a llevarse unos cuantos, ¿no?

—Claro que sí. Son un pedido que depositará en la terminal del ferrocarril de Union City.

—Pues que se lleve también ése.

—¡No puedo! ¡Es un encargo!

—¿Qué prefieres? ¿Ser detenida? El encargo se irá al diablo igualmente. Y el negocio también.

Ella había palidecido mortalmente.

Bisbiseó:

—¿Qué pretendes, Rock?

—Quiero que desaparezcas durante una semana y vas a desaparecer, muchacha. Ordena que hagan unos agujeros en ese ataúd para que puedas respirar, métete en él y olvídate de todo. La

caja será trasladada con las otras a la terminal de Union City. Desde allí viajarán en tren, ¿no?

—Por..., por supuesto.

—¿Hacia dónde?

—Hacia Filadelfia en vagón especial.

—Muy bien. Irás a Filadelfia.

Ella apretó los puños y le miró como si creyera estar hablando con un loco.

—¿Qué pretendes? —gimió—. ¿Que reviente por el camino?

—Nada de eso. Yo viajaré contigo como un empleado de la funeraria. Al salir de aquí llamaré a mis jefes diciendo que te has escapado y que sigo una pista. No me preguntarán nada más; me dejarán hacer. El resto del plan es sencillo: te alcanzo en Union City, voy en el mismo vagón, te saco a mitad de camino y nos lanzamos del vagón en marcha, por ejemplo a la altura de Baltimore. Yo te juro que durante una semana se pierde tu pista. No te encontrará ni el mismísimo diablo.

Ella se retorció los dedos nerviosamente.

Por fantasmal que le pareciese el plan, comprendía que él tenía razón en una cosa: los controles de carreteras, de aeródromos y de puertos son muy estrictos cuando se busca a un presunto espía. Y ése era el único sistema para dar un chasco a toda la policía del país.

—Nadie te encontrará —insistió Rock—. Yo cuidaré de ti. ¿O es que te falta confianza?

—No, nada de eso... ¿Pero qué pasará si tú no llegas a Union City, Rock? ¿Qué pasará si tienes por ejemplo un accidente de tráfico? Dios mío... ¡No quiero ni pensarlo!

—No fallaré, Glenda. Sé que no puedo fallar y no fallaré. Además, debes dejar el ataúd de forma que pueda abrirse desde dentro.

Ella apretó los labios nerviosamente.

Pero al fin parecía haber tomado una decisión.

Dijo con voz suave:

—Los orificios los haré yo misma, Rock. Conozco muy bien la técnica y además así no tengo que dar explicaciones a nadie. Luego tú mismo metes el ataúd en la furgoneta. Como ya de por sí pesa tanto, no notarán la diferencia al descargarlo.

—Perfecto, Glenda. Manos a la obra.

Los dos se dispusieron a salir de allí para dirigirse a la gran nave vacía. Pero antes volvieron a besarse ansiosamente, con una especie de desesperación.

No era para menos.

Glenda, la chica-cañón nacida para hacer disfrutar a los vivos, iba a convertirse en una muerta...

CAPÍTULO III

A la luz indecisa de la media noche, la furgoneta pintada de negro abandonó las inmediaciones de Prospect Park y se dirigió hacia el río por la Manhattan Flatbusch. Atravesó el Hudson y desembocó en el barrio del Bowery, donde los borrachos tumbados por las aceras resultaban más numerosos que nunca. Pero la furgoneta negra no se entretuvo en Manhattan, sino que enfiló hacia el Holland Tunnel y volvió a atravesar el río, ahora bajo las aguas, en dirección a Jersey City. Una vez allí tomó por Webster Pallisade, bordeó Hoboken y entró en Union City, muy cerca de la desembocadura del Lincoln Tunnel.

Dejó a un lado Kennedy Bulevar y llegó a la zona de Gutenberg, donde los pequeños muelles y las terminales de ferrocarril se suceden unos a otros. Enfrente, en Manhattan, se veían brillar por encima del Hudson las luces de Riverside Drive. Pero el conductor, acostumbrado a aquel espectáculo —los transportes de ataúdes siempre se hacían de noche—, no le prestó la menor atención.

Todo era mortecino.

Sólo brillaban algunas luces aquí y allá.

El conductor se dirigió al empleado que ya conocía de tantas y tantas veces y le entregó la guía de la carga. Tantos ataúdes vacíos por tanto valor. Luego le entregó también la póliza de seguros. En ella no se especificaba que iba un ataúd de lujo, pues todos los habían valorado igual. Pero el empleado de ferrocarriles no prestó atención al detalle, que además no era cosa suya.

Estampó su firma en los papeles.

—De acuerdo, John. Vagón doce.

La furgoneta maniobró y se situó ante el vagón indicado. Una máquina elevadora recogió los ataúdes y los situó en el vagón. Si la máquina notó que uno de ellos pesaba más, el empleado que la manejaba no lo notó en absoluto. Luego el empleado, terminada la

tarea, se despidió con un gesto de aburrimiento.

—Hasta otra noche.

—Hasta otra noche, John. Y no pongas esa cara, diablo. ¡Peor es transportar bombas!

La furgoneta se dispuso a hacer el camino de vuelta.

Un coche color oscuro que había estado situado cerca de los muelles de carga, apagó en aquel momento sus luces de situación. El hombre que iba al volante encendió con movimientos pausados un cigarrillo y se dispuso a esperar.

Los vagones fueron precintados.

Los empleados se movían monótonamente, con ese aburrimiento que da el trabajo repetido cien veces. Hacia las dos de la madrugada el convoy fue definitivamente formado y emprendió la marcha.

El hombre que había estado esperando en el interior de su automóvil, en la playa de estacionamiento, lo abandonó de un salto.

Todo había salido a pedir de boca.

Rock County sabía que no podía fallar y no había fallado. Después de telefonar a sus jefes diciendo que seguía una pista, había llegado a Union City a la hora convenida, tras conducir con la máxima prudencia para evitar cualquier accidente de tráfico que pudiera retrasarle.

Corriendo sobre sus ágiles piernas, Rock saltó las vías. Cuando el tren de mercancías entró en el cambio de agujas, él ya aguardaba con todos los músculos tensos.

Fue contando los vagones.

¡Doce!

Saltó.

La maniobra era arriesgada, porque se exponía a ser arrollado por el convoy, pero pudo sujetarse bien al estribo. Tendiendo las manos, palpó el precinto.

Éste ya estaba roto.

«¡Vaya manera de asegurarse! —pensó—. ¡Cada vez trabajan peor...!».

Tiró de la puerta y dejó el hueco suficiente para pasar al interior. La rotura del precinto le favorecía, porque así se evitaba un largo y premioso trabajo. Una vez estuvo dentro, suspiró con alivio.

No podía pedirse más.

Todo había salido perfecto.

El interior del vagón, ocupado sólo por los ataúdes que iban destinados a la filial del negocio en Filadelfia, aparecía iluminado por una bombilla amarillenta que daba a aquello un aspecto entre irreal y tétrico. Era una de esas luces de mercurio, empleadas en las autopistas, que permiten distinguir hasta los menores detalles. Gracias a ella, el joven vio en seguida el ataúd que buscaba.

Era inconfundible.

Lo apartó trabajosamente, pues pesaba como un caballo muerto, y lo situó en el centro del vagón. Una vez allí, suspiró con alivio y alzó la tapa.

—Ya está —dijo mientras lo hacía—. Ya puedes salir, Glenda.

Pero de pronto sus facciones se volvieron de color ocre.

De pronto se le cortó la respiración.

Porque de allí no salió Glenda Forester.

De allí salió un individuo delgado, largo, sinuoso, que apuntó al federal al centro de la cabeza con una metralleta «Thompson».

CAPÍTULO IV

El japonés bajito que se había quedado dormido como un niño inocente en su hotel de Hoboken, despertó de pronto cuando alguien golpeó quedamente a la puerta de su habitación. Lo primero que hizo fue consultar su reloj y comprobar que pasaba de la media noche. Lo segundo que hizo fue montar con un seco movimiento la pistola que tenía debajo de la almohada.

Pero, de todos modos, el que llamaba no podía ser más que un amigo.

Sólo las personas de absoluta confianza sabían que pensaba ir a aquel hotel de la zona portuaria de Hoboken.

Abrió la puerta teniendo la derecha a la espalda.

En la derecha estaba la pistola a punto de disparar.

Pero una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del japonés al reconocer al hombre que le visitaba. Abandonó las precauciones e hizo una cortés reverencia, porque uno puede ser un mercader de vidas humanas, pero no hay razón para ser un mal educado. Y además los comerciantes japoneses saben perfectamente que cuanta más educación, más negocio.

El visitante también era oriental.

Inclinándose ceremoniosamente, pidió permiso para pasar.

—Claro. Entra.

Los dos hablaban en su idioma, un idioma que pocas personas entenderían en Hoboken, a no ser los tripulantes de los cargueros japoneses. Una vez hubo sido cerrada nuevamente la puerta, el visitante susurró:

—Te traigo buenas noticias, Tesio.

—¿Buenas?

—Sí. Tu proposición ha sido aceptada.

Tesio sonrió humildemente y con la cara satisfecha del comerciante a quien, al fin y al cabo, se hace justicia gracias a la

bondad de sus productos. Indicó a su visitante que se sentara.

Lo conocía muy bien porque había sido su enlace en otras misiones. Sólo que era la primera vez que se encontraban en Nueva York, pues en la última ocasión se habían encontrado en París, cuando casualmente fue hallado muerto un miembro de la delegación norvietnamita en las conversaciones de paz. Y antes se habían encontrado en dos ocasiones en conversaciones de paz. Y antes se habían encontrado en dos ocasiones en Yakarta, la capital de Indonesia, cuando negociaron con el Gobierno la entrega a buen precio de varios líderes comunistas cuyo escondite sólo ellos conocían, y todos los cuales fueron fusilados.

Por aquel trabajo, Tesio había ganado de todos modos sólo cincuenta mil dólares. Fue un trabajo barato.

Ahora, aunque seguía dedicándose a las mismas actividades, sus tarifas habían subido mucho y ya no aceptaba nada que valiera menos de trescientos.

—No esperaba la respuesta tan pronto —dijo.

—Es que no había tiempo que perder.

—¿Dónde será depositado el dinero?

—La mitad mañana en el Chase Manhattan Bank, empleando como intermediaria a una compañía de seguros marítimos. La otra mitad en el Bowery Shaving Bank cuando el trabajo haya sido hecho.

—Perfecto. ¡Qué rapidez...!

—Hay que tener las cosas preparadas, Tesio.

—¿Las armas?

—Listas. Esta vez no serán de fabricación rusa, como las de Tel Aviv. Esta vez serán de fabricación norteamericana. Y habrá también granadas de mano.

Para Tesio aquello era como si le hablasen de una partida de relojes.

Murmuró:

—Perfecto... Todo bien en cuanto a la mercancía.

—No tendrás ni que verla. Yo me encargo de que todo siga un camino normal.

—¿Tienes personal del país?

—Sí. Gente abundante y barata de la que actúa en los muelles. La he armado bien, aunque es posible que no tengan que realizar

ninguna misión de importancia.

—Pocos hombres y seguros: eso es lo mejor —dijo Tesio—. ¿Pero y los tres ejecutores principales? ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué tiempo van a tener para llegar?

—Ya he puesto un cable, Tesio. Supongo que tienen sus pasaportes en regla.

—¡Oh, claro que sí...!

—El dinero para el viaje será depositado con el importe del primer plazo. Vendrán en línea regular, pero en aviones separados para no llamar la atención. Incluso hasta el mismo día del trabajo no tendrán ningún contacto entre sí. Van a vivir en distritos separados.

—¿Dónde?

—Uno aquí, en Hoboken. Otro en Brooklyn. El tercero no está decidido aún, pero será en el Bronx o en Manhattan.

Tesio se frotó sus manos menudas, mientras daba unos pasitos y se sentaba en el borde de la cama.

—¿Quién los controlará?

—Yo. Tú, Tesio, dispondrás de ellos en el momento decisivo. Luego..., nada. Los tres saben que van a morir. No han hecho preguntas.

—¿No piden nada?

—Nada. Sólo que sus nombres se recuerden y que sus cenizas no sean dispersadas.

—Extraño país el nuestro —susurró Tesio—. Hemos nacido para la técnica y para ser los más listos y adelantados de Asia. Y sin embargo somos también los más medievales. Nuestra gente no concibe la vida sin un ideal, y cuando no lo tiene se lo inventa.

—No sé si ello debe enorgullecernos o hacemos reír, Tesio.

—Ni una cosa ni otra. Yo sólo sé que nos da dinero.

Los dos hombres se miraron a los ojos. Ambos se entendían perfectamente bien.

—¿Sospechan que han sido comprados y vendidos? —preguntó Tesio al cabo de unos instantes—. Eso podría echarlo todo a rodar. ¿Saben que alguien cobra por enviarles a esa masacre?

—No. ¡Oh, no...! He puesto mucho cuidado en eso. Creen que están en manos de un puñado de idealistas.

—Perfecto. ¿Y qué hay del ataúd, Kren? ¿Vas a poder

conseguirlo sin dificultades?

Kren envió al aire una sonrisa suave, maligna, mientras decía con un soplo de voz:

—No hay que preocuparse por ese detalle. Lo he previsto todo y el ataúd ya es nuestro...

CAPÍTULO V

En aquel momento terrible, cuando vio la metralleta apuntándole al centro de la cabeza, Rock County no pensó en sí mismo. Rock County sólo pensó que allí tenía que haber estado Glenda y que Glenda no estaba. Por un momento le pareció ver en su imaginación el cadáver de la muchacha. No pensó en su propio cadáver.

Lanzó un grito de rabia.

El tipo de la metralleta hizo una suave flexión.

Salió del ataúd ágilmente, sin dejar de apuntarle. Rock llevaba su calibre 38 reglamentario, naturalmente, pero no pensó ni por un momento en usarlo. Encañonado como estaba, hubiera sido un suicidio.

Retrocedió un poco, con las manos levemente alzadas.

El hombre que estaba ante él avanzó un paso.

Se trataba de un norteamericano casi albino, con las cejas, los cabellos y la barba blancos. A sus ojos asomaba una expresión divertida, como si pensara en lo hermoso que sería apretar el gatillo. Pero sin duda no quería meter ruido, porque en otro caso lo hubiera apretado ya.

Rock musitó:

—Pero ¿qué es esto?

—Eso pregunto yo —dijo el desconocido—. ¿Qué es esto? ¿Por qué has abierto el ataúd?

—Soy un agente del FBI. Estoy haciendo una investigación.

Inmediatamente comprendió Rock, al ver la cara del otro, que había dicho algo que nunca debió decir. El ser un miembro del FBI le convertía en un enemigo mucho más peligroso, un enemigo al que convendría eliminar.

—¿Qué investigación? —preguntó el otro.

—La desaparición de una mujer.

—¿La que estaba ahí dentro?

Se contrajeron los músculos de la garganta de Rock.

—¿Qué... ha sido de ella? —barbotó.

—Primero quiero saber quién eres. Desabrocha tu americana.

El obedeció. Se vio entonces el revólver reglamentario en la funda sobaquera.

—Sujeta la culata con dos dedos. Y sácalo.

El lo hizo también. No intentó nada. No intentaría nada hasta saber qué había sido de Glenda Forester.

El revólver de cañón chato cayó al suelo. De un puntapié fue a parar al otro lado del vagón.

—Ahora la credencial. Quiero ver la credencial.

Rock la sacó con un gesto suave. No entendía nada, pero se daba cuenta de que el tipo que tenía enfrente no era un novato. Miró la credencial y la arrojó también.

Rock apretó los labios.

Mal asunto.

Eso significaba que querían deshacerse de su cadáver sin aquellas dos cosas que podían identificarle en seguida.

—¿Qué ha sido de la muchacha? —musitó—. ¿Cuándo habéis saltado al vagón? ¡No he dejado de verlo más que tres o cuatro minutos, mientras el convoy cambiaba de vía!

—Pues ya ha sido bastante. En tres o cuatro minutos nosotros hemos hecho el trabajo.

—¿Qué..., qué trabajo? ¡Quiero saber lo que ha sido de la muchacha!

El otro rió.

Parecía divertirse el nerviosismo de Rock County.

—Pronto lo sabrás, amigo. Acércate un poco más al hueco de la puerta.

Rock lo hizo, aun comprendiendo lo que iba a suceder. Las balas le enviarían fuera. Hecho una criba, caería al borde de la vía y no lo encontrarían hasta la mañana siguiente.

La metralleta se movió un poco.

Rock vio que se entrecerraban levemente los ojos de que iba a ser su verdugo.

¡Al diablo!

Varias veces su vida había dependido de un simple reflejo.

Ahora también, con la diferencia de que lo tenía todo perdido y cualquier locura estaba justificada.

Alzó la pierna derecha.

Fue brutal.

Tan instantáneo como un rayo.

El cañón se alzó mientras el otro disparaba. Las balas acribillaron el techo. En aquel momento la máquina lanzaba un lúgubre aullido a través de la noche.

Nadie debió oír, fuera del vagón, el terrible crepitar de las balas. Nadie, ni el que había disparado.

Porque el que había disparado ya no oiría nada más.

Acababa de entrar en el reino de los dioses y en el reino de los muertos.

Rock, después de desviar el cañón de la metralleta con el pie derecho, había disparado el izquierdo haciendo una especie de «salto inglés» de defensa de fútbol. La puntera de su zapato se clavó en el bajo vientre de su enemigo con tal fuerza que le hizo levantar los pies del suelo mientras lanzaba un terrible aullido de dolor.

Prácticamente perdió el conocimiento.

Una oleada de sangre llegó hasta su cerebro.

Ya no se enteró de nada.

Rock no se entretuvo en tomar la metralleta, que había caído a un lado del vagón. Simplemente disparó sus puños porque eso era más rápido y porque estaba más de acuerdo con su salvaje deseo de venganza.

Los puños de Rocky County no eran cualquier cosa.

Había estado entrenándose meses y meses con Bob Alley.

¿No saben ustedes, amigos, quién es Bob Alley?

Bueno, pues Bob Alley es de esos tipos que siempre están abajo. Hay boxeadores que no suben porque pegan demasiado mal y otros que no suben porque pegan demasiado bien. Bob Alley era de estos últimos. Todo el mundo le tenía miedo. Los grandes campeones le rehuían porque aquel oscuro boxeador era capaz de enviarlos a la lona por más de la cuenta. Una especie de círculo de silencio se había hecho en torno a él.

Pegaba demasiado fuerte.

Era mortífero.

Era un ciclón.

Y con él se había entrenado Rock County. Se había entrenado sin compasión, sin blandenguerías. Rock aún recordaba que, después de las primeras sesiones, había estado dos días orinando sangre. Pero había aprendido a pegar como el propio Bob Alley, disparando el puño con una potencia terrorífica y cargando en cada impacto todo el empuje de sus noventa kilos de músculos.

Su enemigo ni se enteró.

Un impacto le destrozó la mandíbula.

Otro, recibido de lleno en el cuello sin que pudiera cubrirlo, le destrozó la yugular.

Giró sobre sí mismo.

Su cara albina se había vuelto más blanca aún. Era ya espantosamente blanca.

Tropezó con un borde de la puerta entreabierta. Volvió a girar y se hundió en las sombras de la noche.

En aquel momento estaban pasando por la zona de Fort Lee, cerca del puente de Washington.

Rock dio otro puñetazo al aire.

Pero ya no iba a alcanzar a nadie.

Sólo lanzó el impacto al vacío a causa de la propia rabia que sentía.

Su enemigo estaba muerto y ya no representaría ningún problema para él. Rock County había salvado la piel, lo que en sus circunstancias era algo nada desdeñable. Pero al mismo tiempo se encontraba en la situación más absurda que jamás llegó a imaginar.

Tenía una metralleta «Thompson».

Un ataúd vacío.

Y ni rastro de Glenda Forester.

El pensamiento de que la muchacha, lógicamente, estaba muerta, le dejó sin respiración. Sus ojos se enturbiaron. Tuvo que apoyarse en una de las paredes del vagón mientras el traqueteo llegaba como una obsesión hasta el fondo de su cráneo.

Poco a poco intentó reflexionar, queriendo sacar algunas conclusiones de aquella situación absurda. Lo primero que pensó fue que disponía de tiempo, pues sus jefes le habían dejado un margen para buscar a Glenda. Y, curiosamente, la mentira se había transformado en verdad. Buscar a Glenda era lo que tenía que hacer.

La segunda conclusión era la de que les habían estado vigilando. La de que aquel ataúd interesaba a alguien desde antes de que saliera de la fábrica.

¿Por qué?

Eso era algo que de momento aún no comprendía.

La tercera conclusión a que llegó fue la de que aquellos tipos, fuesen quienes fuesen, habían tratado de apoderarse del ataúd, pero sin saber que dentro estaba una mujer. Al encontrarla, la habían matado seguramente y la habían arrojado a la vía. Luego el tipo que hizo el sucio trabajo se había metido en el ataúd a su vez, pensando que alguien vendría a buscar a la mujer y entonces podría sorprenderle, apareciendo él en lugar de ella.

Rock se pasó una mano por la frente.

Después de aquellas reflexiones comprendió que dos terribles interrogantes quedaban en pie:

En primer lugar, ¿para qué querían el ataúd?

En segundo, y sobre todo, ¿qué había sido de Glenda?

Resolvió al fin cerrar la caja, que no había sufrido ningún desperfecto, dejándola como si acabara de salir del taller. Los orificios hechos para que entrara algo de aire estaban tan disimulados junto a los adornos metálicos que no se notaban. Luego el joven echó un vistazo en torno suyo.

El cargamento estaba intacto.

Lo único que notarían los encargados del transporte ferroviario, cuando llegara a su destino, sería que los precintos del vagón habían sido forzados. Notarían también que el techo del vagón estaba cosido a balazos, lo que ya era de por sí bastante inquietante. Pero seguramente la siniestra carga de ataúdes sería entregada a su destinatario.

Rock County recuperó su placa y su revólver. Luego tomó la metralleta con la derecha y se acercó a la puerta del vagón.

Había adoptado una decisión: saltaría él también cuanto antes. Si trataba de averiguar algo no lo conseguiría dentro de aquel maldito vagón, sino en la vía férrea.

En aquel momento, remontando el Hudson, pasaban entre Allison Park y Sylvan Bulevar. A partir de allí, al llegar a la avenida Johnson, el tren se desviaría, iría hacia el Oeste y luego hacia el Sur, en dirección absolutamente contraria a la que había seguido

hasta ahora. La razón estaba en que solían añadirse nuevos vagones en la estación de Teaneck.

A Rock le convenía saltar antes de llegar al cruce de vías para no armarse un lío. Vio una buena oportunidad cuando pasaban junto a un suave declive. Sujetó la metralleta con fuerza y se lanzó.

Tras dar dos vueltas de campana en el aire, quedó casi en pie al fondo del terraplén.

Subió de nuevo a la vía cuando el convoy ya había pasado y empezó a retroceder. Junto a los raíles encontraría sin duda al hombre al que acababa de matar, y algo más allá era muy posible que apareciera el cadáver de Glenda Forester.

La angustia atenazaba sus pensamientos.

Incluso físicamente notaba que le era difícil andar.

Cuando le parecía que había transcurrido un tiempo interminable, encontró el cuerpo del albino. Sus cejas y su pelo blancos parecían más espectrales aún a la luz de las estrellas. Toda la parte inferior de su cara se había cubierto de sangre, contrastando de una forma macabra con la lividez del resto de la piel.

Rock borró las huellas de la metralleta y la dejó junto a él. Era un engorro y ya no iba a necesitarla.

Luego registró el cadáver.

Llevaba poca cosa: unos dólares, las llaves de un coche, el permiso de conducir... Ésa era toda su documentación. Por el permiso de conducir, Rock vio que el individuo había tenido su residencia en Roselle Park, en una sección que decía: «Residencia de empleados».

Era bastante.

Guardó el documento él, porque le interesaba que la policía considerase de momento a aquel hombre como imposible de identificar. Así él podría hacer investigaciones antes que nadie sin que le molestasen.

Siguió caminando junto a la vía.

Cada vez sentía su corazón más encogido; cada vez le costaba más trabajo respirar.

Estaba seguro de que el cuerpo de Glenda iba a aparecer junto a los raíles de un momento a otro.

Pero llegó de nuevo a la zona de Union City y no lo encontró.

Tampoco había visto la menor señal de alarma junto a la vía, lo cual indicaba que no había aparecido ningún cadáver allí. Caso de haberlo encontrado, por ejemplo, algún ferroviario, todavía estaría la policía allí haciendo investigaciones.

Y la verdad era que no había nadie.

Cada vez más extrañado, Rock se metió por entre los vericuetos de la estación de Union City y recuperó el coche que había dejado en el aparcamiento. Comprendió que la noche empezaba ahora para él. Iría a Roselle Park y trataría de averiguar de qué clase de infierno había salido el hombre de la metralleta. Y también que había pasado con el cuerpo de Glenda Forester. Hasta entonces Rock County había perdido muchas cosas, entre ellas parte de su dignidad. Pero un cadáver nunca.

CAPÍTULO VI

Desde Union City descendió por Tonnelle Bulevar hasta enlazar con la avenida de John Fitzgerald Kennedy. Había muy poco tráfico a aquella hora por las arterias de Jersey City y pudo alcanzar en seguida el Hudson Bulevar, hasta enlazar con la autopista de Staten Island.

Desde allí torció a la izquierda y atravesó el Hudson por el puente de Goethals, hasta encontrar la avenida de Westfield. Por ella, siempre rodando a mano izquierda, se encontró en un momento en Roselle Park.

Todo estaba cerrado a aquella hora.

La reciente lluvia había dejado unos charquitos que el joven bordeó mientras se perdía entre las casetas de atracciones y las gigantescas montañas rusas. No parecía haber vigilancia allí, o quizá él se movía con tal sigilo que no lo había descubierto nadie. Dio varias vueltas buscando la residencia de empleados, donde al parecer había vivido el tipo de la metralleta.

Y se encontró de narices a boca con el museo de las figuras de cera. El museo estaba cerrado y con las luces apagadas, pero despedía de dos de sus ventanas una especie de resplandor amarillento. Rock comprendió que en el interior las luces no podían nunca estar apagadas del todo, porque el simple tropezón de alguien contra una de las valiosas figuras de cera podía destrozarla.

Entonces vio moverse el disco de una linterna a poca distancia.

Alguien se acercaba.

Rock se pegó a la pared y distinguió entonces, a la luz de uno de los faroles, que se trataba de uno de los vigilantes del parque. Sin duda estaba haciendo una ronda rutinaria, pero no convenía que le encontrase allí.

El joven dudó dónde ocultarse.

Estaba en un mal sitio.

A menos que...

No lo pensó más. El museo de figuras de cera era para esconderse un sitio tan bueno como cualquier otro. Vio que la cerradura de la puerta era sencilla y la forzó en unos instantes por medio de la pequeña ganzúa que siempre llevaba acoplada a su navaja.

Sonó un leve chasquido.

El guardián ya estaba muy cerca.

En cualquier momento podía enfocarle con su linterna.

Pero Rock se escabulló con rapidez. Vio que estaba en un largo pasillo alfombrado, con paredes tapizadas de terciopelo que ahogaban el sonido de sus pasos.

También había grandes espejos.

Una luz amarilla lo llenaba todo.

Se tenía al entrar allí una sensación espectral, como si acabara de penetrarse en un mundo donde las dimensiones normales no existían.

Rock siguió avanzando.

No tenía nada que investigar allí, puesto que sólo había querido ocultarse un momento, pero el extraño ambiente le fascinaba. Por otra parte, si el tipo al que mató había salido de Roselle Park, cuantas más cosas supiera de aquel sitio mejor.

Se encontró de pronto en la sala de exposiciones.

Casi todas las figuras estaban cubiertas por cortinas rojas. Pero las que County pudo ver le convencieron de que aquel museo no era cualquier cosa. Las figuras estaban terminadas con una rara perfección. La luz amarilla les daba un aspecto irreal que producía a la vez vértigo y sensación de borrachera.

Vio a Churchill, a Stalin y a Roosevelt en la conferencia de Yalta. Formaban un curioso grupo, mirando los tres al vacío. Distinguió también a la infortunada Marylyn Monroe. Y hasta a un asesino casi legendario como el doctor Petiot.

Descorrió algunas cortinas.

Fascinado por aquel ambiente, casi había llegado a olvidarse de los auténticos motivos por los que estaba allí.

Y de pronto la vio.

La mujer estaba sentada.

Era maravillosa.

La falda apenas acertaba a contener la opulencia de sus piernas. Lástima que fuesen de mentira, que fuesen de simple cera. La postura era lánguida, atrayente. Los ojos entornados parecían tener vida.

Era una mujer que impresionaba.

No sólo por su belleza casi mágica, no sólo por la contundencia de sus formas, sino también por una especie de hechizo mágico que se desprendía de ella.

Rock hizo crujir sus nudillos.

Lástima que fuese de cera. Sí, lástima. Hay cosas que siempre tendrían que ser de verdad.

Volvió la cabeza.

Y entonces pestañeó.

Le pareció que había un espejo al otro lado.

Un espejo en el que se reproducía aquella seductora imagen.

Pestañeó de nuevo.

La sensación que tenía era la de estar soñando.

Pero se dio cuenta entonces, observando los detalles, de que la postura de la figura que tenía a su espalda era levemente distinta. De que sus medias eran más oscuras. De que los zapatos también resultaban ser de un modelo distinto.

La figura despegó entonces los labios.

Musitó:

—¿Ya se ha cansado de mirarme bien? ¿Y qué le parezco? ¿Estoy aprobada? ¿O quizá me dará un sobresaliente?

Rock estaba asombrado.

No sabía qué admirar más. Si la belleza de la mujer que acababa de hablarle o la perfección con que la reproducía la figura de cera.

—¿Quién es usted? —musitó ella—. ¿Por qué no contesta?

—Me llamo Rock County. Estoy persiguiendo a un ladrón que puede haberse ocultado aquí —mintió a medias.

—¿Es un policía?

—Sí. ¿Y usted?

—Soy Elaine Simpson, la esposa de Alexander Simpson, el dueño de todo esto. Ahí lo dice.

En efecto, junto a la figura de cera una placa lo advertía. Rock arqueó una ceja.

—Debe estar muy enamorado de usted —musitó— para haber

querido inmortalizarla.

—¿Y por qué no? Yo fui su primer modelo. Y además es publicidad.

—¿Publicidad?

—Viendo lo bien hecha que está mi figura —contestó Elaine—, la gente puede hacerse una idea de la perfección de las otras.

—¿Y por qué está usted aquí? ¿Mira su propia imagen todas las noches?

La mujer rió.

Tenía una risa suave y pastosa.

¿Una risa viciosa también?

Nadie hubiera sido capaz de decirlo, pero de su boca parecía desprenderse un misterioso embrujo que hablaba de noches de amor y de placeres secretos.

—Esa imagen es tan elegante —dijo señalando la figura de cera — que trato de imitar su postura. Es una especie de entrenamiento al que me someto a veces. Bien... Ahora que me ha visto a placer. ¿Puedo ayudarle en algo?

Y se puso en pie.

Su falda se había alzado con el gesto.

Rock tuvo una visión turbadora que le dejó anonadado por un momento. Una visión de suaves encajes, de piel tersa...

Ella lo notó. Era una buena observadora y, a pesar de su juventud, una mujer con experiencia.

—Diga, ¿puedo ayudarle en algo?

—Quisiera saber dónde está la residencia de empleados del Roselle Park.

—Muy cerca de aquí. ¿Es que el hombre a quien busca vivía en ese sitio?

—No lo sé. Únicamente sigo una pista.

—Está bien. Venga conmigo.

La precedió. La luz amarillenta destacaba aún más la perfección de sus líneas. Sabía mover las caderas al andar de tal modo que mareaba al hombre que iba tras ella.

—¿No dirá a su marido que he estado aquí? —preguntó Rock.

—No.

—¿Por qué?

—Es muy celoso. Hasta le sabe mal que la gente vea mi figura de

cera. Después de ponerla ahí y notar que la gente se fija demasiado en ella, ha pensado dos veces en destruirla.

—¿Qué nacionalidad tiene su marido?

—Es norteamericano, pero de raza judía.

—Ah...

—Durante la llamada «guerra de los seis días» de 1967, se fue incluso a Israel para luchar voluntario. Sólo pudo participar en una batalla, al borde del canal de Suez, pero para él fue bastante. Había salvado su propio honor.

—¿Usted es judía también?

—Sí.

—Las mujeres judías tienen fama de figurar entre las más hermosas del mundo —dijo Rock, aunque hubiera debido tragarse ante una mujer casada aquel cumplido tan directo.

Pero a ella no le supo mal. Todo lo contrario. Rió.

—Gracias —dijo.

Al abandonar los dos aquel universo de luces amarillas, tuvieron la sensación de volver a la realidad. Rock vio que ya no se distinguía ninguna linterna por las cercanías.

—La residencia de empleados está allí —dijo ella, señalando un bloque de ladrillo que se distinguía a unas doscientas yardas—, pero... ¿pero qué es aquello?

De pronto se había sobresaltado.

Señalaba las enormes montañas rusas situadas a la izquierda, y por las cuales se veía trepar a un hombre. Estaba ya a cierta distancia, pero se le distinguía con claridad. Saltaba a la vista que aquel hombre estaba haciendo algo anormal: uno no escala las montañas rusas por pura afición, como si fuera un simio.

¿Quizá huía de alguien?

Rock apretó los labios.

¿Quizá le había visto y huía de él?

Por un momento le asaltaron las dudas, ya que aquel hombre no tenía por qué conocerle. Pero sin embargo esas dudas se disiparon muy pronto.

Se disiparon en el mismo instante en que la bala le pasó rozando la cabeza, empotrándose en el suelo. La sensación de muerte había sido tan inminente que se arrojó a tierra, dando antes un empujón a Elaine.

Ella cayó con las piernas alzadas.

Fue todo un panorama.

Como para olvidarse de la muerte.

Como para olvidarse de que arriba había un tío con un rifle dispuesto a apiolar al que fuera.

La segunda bala llegó instantes después. Y ésta pasó rozando de tal modo a Rock que hizo saltar incluso unas gotitas de sangre de su oreja derecha.

Su enemigo, fuese quien fuese, disparaba con un arma de precisión provista de silenciador. Y sin duda tenía acoplado un visor de rayos infrarrojos, porque daba muestras de distinguir a County perfectamente, mientras que County apenas veía de él una sombra.

Comprendió que estaba en una terrible desventaja. No podría pelear contra él con su revólver reglamentario, cuya precisión a larga distancia era muy escasa. Tampoco podía intentar acercarse, so pena de dejarse la piel en el camino.

Pegado a la pared, miró a Elaine.

—¿Puede avisar desde aquí a la policía?

—¿Pero la policía no es usted?

—Me refiero a pedir ayuda. No sé qué cuerno puedo hacer yo solito contra ese rifle.

—No, no puedo. En el museo no hay teléfono. Para llegar al más próximo hay que atravesar toda esa zona descubierta.

Rock comprendió que ninguno de los dos llegaría vivo a su destino si intentaban atravesarla. Y aunque llegase... Mientras él pedía ayuda, aquel aspirante a asesino podría escabullirse.

Y eso no le convenía de ningún modo. Había llegado allí para encontrar una pista y ahora la tenía a su alcance, sólo que... con un rifle en medio.

Otro disparo restalló a sus pies.

Nadie se había dado cuenta de que eran atacados, pues no se oía la menor detonación. El trágico silbido de la bala y el sonido del impacto sólo los captaban ellos.

Rock apretó los dientes.

Pensó: «Bueno, arriba».

Atravesar zonas batidas por el fuego no era tan nuevo para él. Le habían entrenado en misiones semejantes. De modo que sujetó el revólver y corrió en un diabólico zigzag hacia la entrada de las

montañas rusas.

El que estaba arriba disparó de nuevo.

Tenía un excelente campo de tiro, pero Rock se movía con desconcertante rapidez. Las dos balas pasaron casi entre sus piernas, mientras él saltaba.

Llegó a la protección que le brindaban las barandillas y se detuvo a respirar. Ahora tenía al menos una ventaja, y era que su enemigo no podía huir. Necesitaba escapar por donde estaba él precisamente. Claro que con una bala del rifle el problema se le resolvía...

Pasó otro plomo por encima de su cabeza, pero ya sin peligro. Rock estaba bien protegido.

Empezó a ascender pegado a las vagonetas.

Las vías estaban recién engrasadas y podía resbalar, pero no cometió ningún error. Se movió lentamente hasta que en una de las curvas pudo ver bien a su enemigo.

Estaba a distancia adecuada para intentar el tiro con revólver. Y su enemigo, quizá desorientado, no le había visto aún.

Rock apretó el gatillo.

La bala pareció estallar contra uno de los soportes de la valla y se desvió. El del rifle se pegó materialmente a la vía mientras hacía fuego nuevamente.

El revólver de Rock County había producido un seco estampido. Se encendieron algunas luces abajo.

Y entonces se dio cuenta el federal de lo alto que había subido. Las luces casi parecían diminutas. Pero su enemigo aún estaba más arriba y batiendo el terreno.

Un plomo pasó materialmente entre los barrotes, rozando la cabeza de County.

Pero éste siguió avanzando. Cada vez era más corta la distancia entre los dos, y el misterioso tirador del rifle tenía motivos para empezar a pensar que estaba perdido.

Rock miró hacia arriba.

Su enemigo estaba junto a unas vagonetas suspendidas a gran altura. Posiblemente estaban haciendo con ellas alguna prueba. Rock apuntó, apoyando el cañón del revólver en el codo izquierdo, e hizo fuego.

Vio tambalearse al otro.

¡Le había dado!

Pero el hombre del rifle cayó sobre las vagonetas y tocó la palanca de freno que las inmovilizaba. El federal oyó en aquel momento una especie de trueno sobre su cabeza.

¡Las vagonetas venían aullando hacia él!

¡Y él ya no podría apartarse a tiempo!

Dio un salto, pero las vagonetas ya estaban encima. La velocidad con que descendían era meteórica. Y se veía entre ellas medio cuerpo del herido, que estaba bañado en sangre.

Rock fue a saltar hacia un lado, hacia el exterior. Pero estaba a demasiada altura.

Lanzarse al vacío significaba la muerte.

Sin embargo... ¡no podía elegir! ¡Las vagonetas ya estaban allí! ¡La muerte llegaba por otro lado!

Rock sintió que una especie de trueno aullaba dentro de su cabeza. El ruido era infernal.

¡Saltó hacia adelante!

El mismo fue al encuentro de las vagonetas, saltando al vacío de una de ellas. Le pareció que su cabeza estallaba.

Había rodado entre unos asientos, pero sin romperse los huesos, como al principio había temido. Sus costillas resistieron después de los terribles bandazos a que estaban habituadas, a causa de los entrenamientos con Bob Alley y los impactos del saco de arena. Pero Rock se dio cuenta de que había cambiado una muerte por otra, ya que las vagonetas eran en realidad como un tren expreso lanzado al abismo.

Vio de nuevo el medio cuerpo de su enemigo.

Asomaba con el rifle.

Rock hizo un solo disparo. El desconocido dio un extraño salto por los aires, separándose de la vagoneta. Su cuerpo cayó en picado desde uno de los puntos más altos de las montañas rusas, mientras se escuchaba un alarido.

Inmediatamente Rock estuvo a punto de saltar también.

Las vagonetas habían tomado una curva de forma tan loca que crujieron hasta sus ejes.

El joven se sujetó desesperadamente. No pudo ni conservar el revólver, que había tenido que lanzar.

Notó que las vagonetas subían.

Su velocidad disminuía un poco.

Y luego llegaría al cambio de rasante y la gran bajada final, al fin de la cual se estrellarían y se convertirían en astillas.

Con el cuerpo de Rock se podría hacer fosfatina.

Éste era su momento.

¡Ahora o nunca!

¡Saltó!

Su último pensamiento mientras se lanzaba al vacío fue: «¡Maldita sea! ¡Buscando el cadáver de una mujer, voy a encontrarme con el mío!».

Dio dos vueltas de campana en el aire. Le pareció que las luces giraban vertiginosamente. Y aunque había calculado el salto, pensando que se desplomaría desde unas quince yardas, se desvió y salió disparado hacia la carpa de lona de un circo.

Los dientes de Rock rechinaron.

Era su última esperanza.

Se contorsionó brutalmente en el aire tratando de ganar unas yardas, unas pulgadas tan sólo para llegar hasta aquella lona donde estaba su única posibilidad de salvación.

¡Blaaaam!

Le pareció que todo su cuerpo estallaba.

Pero había caído en blando. La tensa carpa del circo le hizo rebotar y caer otra vez. Desde allí Rock se deslizó como pudo hacia el suelo.

No sabía ni dónde tenía los pies.

Todo daba vueltas en torno suyo.

Vio que corrían varias personas hacia él. Un policía, un tipo que tenía aspecto de domador, la maravillosa Elaine Simpson...

La maravillosa Elaine Simpson era la que estaba más lejos.

Pero Rock County se las arregló para esquivar a los otros y caer justamente en sus brazos.

Sujetándose donde pudo, el muy buitre.

Lo cual quiere decir que, al fin y al cabo, no estaba tan deshecho como pensaba.

El muy cerdo...

CAPÍTULO VII

El inspector Keynes, jefe del precinto a que correspondía Roselle Park, examinó el cadáver. Aunque él sólo mandaba el precinto de manera accidental, se daba aires de gran suficiencia. Hizo un gesto indiferente y luego clavó sus ojos en Rock County.

—He hablado con sus jefes —murmuró después de pensar las palabras—. Me han dicho que usted estaba en misión de servicio.

—Sí, así es.

—¿Busca a una mujer?

Rock pensó que de nada servía mentir ahora.

—Sí —afirmó.

—¿Quién?

—Se llama Glenda Forester.

—Forester, Forester... ¿No hay una funeraria llamada así?

—Exacto. Ella la lleva actualmente.

—Hum... ¿Y por qué buscaba a esa mujer precisamente en la zona de Roselle Park?

—No puedo contestarle —murmuró Rock—. Eso afecta al secreto de mis investigaciones.

—Le ruego que lo haga. Al fin y al cabo, hay un muerto en mi distrito, ¿no? Si quiere colaboración, amigo County, empiece por no ponerme las cosas difíciles a mí ahora.

County inclinó la cabeza y fingió ser sincero, pero en realidad no dijo más que una media verdad.

—Tenía una pista que llevaba hasta aquí y de pronto ese hombre me ha atacado. No sé nada más.

—¿Le había visto antes?

—No.

—Yo sí —dijo Keynes.

Y le tendió la documentación encontrada sobre el muerto. Era un simple permiso de residencia extendido a nombre de Luka Varik,

de nacionalidad checoslovaca. Por lo que se deducía del documento, Luka Varik era un fugitivo de su país y había pedido tiempo antes asilo político.

—Cometieron el error de concedérselo —dijo el inspector— sin darse cuenta de que lo más probable era que ese tipo fuese un criminal vulgar que huía de su país porque le buscaba la policía. Una vez aquí, se dedicó a toda clase de trabajos sucios hasta que acabó siendo un asesino a sueldo. Lo buscábamos ya por sospecha de homicidio desde hace dos meses.

—¿Dónde vivía?

—No tenía domicilio fijo, pero la última vez había sido visto por la zona del Raritan River, al sur de Richmond. Claro que eso no significa nada, excepto demostrar una vez más que las barcas ancladas por allí son sitios donde se reúne la gente del hampa.

Rock hundió la cabeza.

Se sentía muy molido después de los últimos golpes recibidos. Ya casi no se tenía en pie.

De todo aquello deducía una sola cosa: alguien había alquilado asesinos profesionales para liquidarle a él y para hacer desaparecer a Glenda. ¿Pero con qué objeto? ¿Tan importante era Glenda? ¿Qué había detrás de todo aquello?

Keynes murmuró:

—Es posible que tenga que molestarle alguna otra vez para completar declaraciones. ¿Le molestará pasar mañana por mi precinto para firmar el atestado?

—No. Ya pasaré.

—¿Cómo se siente?

—Uuuuffff...

—Haré que le lleven al hospital —dijo Keynes—. Ya hemos perdido en eso demasiado tiempo.

—No se preocupe: estoy bien.

—Tonterías. Necesita al menos que le hagan una observación. Puede tener lesiones internas y palmarla mañana. ¿O no le importa?

Keynes tenía razón. El había visto a muchos tipos aparentemente indemnes reventar como perros atropellados al cabo de pocas horas.

Alguien le tomó por el brazo y le acompañó al automóvil de la policía. Había bastantes curiosos allí, cerca del cadáver y junto a los charquitos de lluvia. Pero a nadie habían permitido acercarse

excepto a aquel hombre, que le ayudaba, el que era un desconocido para Rock, y excepto a Elaine, que había sido una de las primeras en llegar.

Fue Elaine la que murmuró:

—¿Cómo se siente, señor County? El que le está ayudando es mi marido.

County se fijó en él. En aquel hombre convencido de su ideal que se había marchado voluntario al otro lado del mundo para pelear en la «guerra de los seis días». Era alto, caminaba erguido y tenía algo de militar británico de la vieja escuela. Pero sus manos suaves y finas eran las de un artista.

No hubiera podido ser de otro modo.

El hombre acostumbrado a modelar aquellas maravillas en cera tenía que poseer unas manos de extraordinaria sensibilidad.

—Lamento mucho que una cosa así haya pasado junto al sitio en que vivimos, señor County —dijo—. De veras que lo siento.

—No se preocupe. Si me he salvado ha sido en parte gracias al aviso de su mujer. Ella ha visto a aquel tipo sobre nuestras cabezas mucho antes de que yo lo viese.

—Yo tengo negocios en la ciudad, pero las figuras de cera son la afición de toda mi vida —dijo Simpson—. Por eso paso tantas horas en el museo y por eso considero este sitio como mío. Me siento responsable de cualquier cosa que ocurra aquí.

—El muerto era un asesino a sueldo —dijo Rock—. No tiene por qué pensar más en él. Igual podía haberme atacado a tiros en el puente de Manhattan.

—Es cierto. Bueno, acomódese... Adiós, señor County, y cuente conmigo.

El automóvil rodó hacia la zona de Elizabeth, al sur de Newark, donde hay un gran hospital. La noche había pasado con una rapidez meteórica y empezaba a amanecer. Con tantas cosas concentradas en tan pocas horas, Rock no se había dado cuenta ni del paso del tiempo.

Le dejaron internado en el hospital para hacerle la observación con más calma.

Al encontrarse solo, Rock County se quedó dormido. Fue como una caída vertical de todas sus energías. Apenas se dio cuenta de que lo llevaban a la sala de observaciones, donde iban a empezar

con un encefalograma.

Todo le dolía mucho más que antes.

Tenía una pequeña hemorragia interna y le obligaron a guardar cama un día entero. Mientras tanto él estaba que brincaba porque no podía perder tiempo. Los acontecimientos se estaban precipitando.

Después de un nuevo examen, decidieron que tendría que quedarse un día más. Pero él había resuelto todo lo contrario. El estaba decidido a largarse aquella misma noche.

Por narices. Y andando sobre su propia sangre si hacía falta.

CAPÍTULO VIII

Fue sencillo largarse, aprovechando el cambio de médicos. Rock tomó sus ropas, atizó un mamporro a un practicante, se puso su bata blanca y salió al exterior por la zona de ambulancias. Nadie intentó cortarle el paso.

Se desprendió de la bata blanca en una esquina solitaria, la metió en una papelería y tomó un taxi hasta su domicilio de Manhattan, en la calle Cuarenta y Dos, en la zona más turbia y al mismo tiempo más alegre de la isla. Por el camino compró todos los periódicos que pudo en un quiosco que aún estaba abierto.

Devoró las secciones de sucesos.

Y nada.

Había sido hallado el cuerpo de un hombre muerto a golpes junto a la vía del ferrocarril de Union City, un hombre sin identificar al cual, por algunos indicios, se suponía miembro de algún gang de asesinos a sueldo.

Pero nada de una mujer.

Absolutamente nada de Glenda Forester.

Rock County sentía que le daba vueltas la cabeza.

Pero tenía que empezar a hacer cosas y las hizo. A la mañana siguiente, apenas abrieron las oficinas, telefoneó a la sucursal de Filadelfia de la Funeraria Forester. Sabía que era allí donde iba consignada la partida de ataúdes.

Preguntó si, por casualidad, Glenda se había dejado caer por allí. Sabía que le iban a decir que no, pero había que probarlo todo.

En efecto, le dijeron que no.

—Y la verdad es que nos sorprende porque esperábamos instrucciones tuyas —murmuró el encargado—. Hemos llamado a la central y tampoco está. ¿Sabe usted qué puede haberle ocurrido?

—Si lo supiera no llamaría —dijo pensativamente Rock—. ¿Así que no han recibido ni una palabra tuya?

—Nada.

—¿Llegó una partida de ataúdes que envió hace poco? ¿Llegó, sobre todo, un ataúd de lujo?

A Rock County le reventaba tener que interesarse por semejante «mercancía», pero también era necesario.

Desde Filadelfia le contestaron que sí, que había llegado todo.

—El ataúd de lujo —explicó el encargado—, y que en realidad es una obra de arte, está destinado para el señor Stewart, antiguo consejero presidencial que agoniza en Washington.

—¿Y por qué lo han enviado a Filadelfia si el honorable cliente va a palmarla en otra ciudad?

—Usted no conoce del todo nuestro negocio, señor County. En primer lugar, desde Washington a Filadelfia hay poca distancia y el transporte se hace en un par de horas de coche. Pero es que además aquí tenemos centralizada la sección de acabados, como si fuera otra compañía. Así no pagamos tantos impuestos.

—Ah, ya.

Menuda mujercita de su casa era Glenda Forester.

El encargado continuó:

—En realidad el ataúd aún no estaba terminado del todo, aunque lo parecía. Habíamos de darle unos últimos toques aquí. Pero ocurre un desastre, señor County.

—¿Un desastre?

—Sí. Hay unos pequeños agujeros hechos en la estructura, junto a los adornos de metal. Aunque no se ven, tampoco podemos entregar el ataúd así. Lo que le digo, señor County: un auténtico desastre. ¡Un «Forester» especial siempre hay que entregarlo como si fuera una joya!

—Déjese de joyas y de «Forester» especiales, chato.

—¿Por qué?

—Me va a quitar las ganas de desayunar.

—Usted es un hombre inculto, señor County, un auténtico bárbaro de las llanuras. Un «Forester» especial es siempre una obra de arte. Yo, que he trabajado muchos años con el padre de Glenda, sé lo que es eso. Un «Forester» especial se luce en familia, se enseña a las amistades...

—¿Con cadáver dentro?

—El cadáver es lo de menos.

—Eso es: el cadáver que se muera.

—Señor County, cuando Glenda me lo presentó como su prometido, creí que era usted un hombre más razonable. No se da cuenta de nuestro drama. Un «Forester» especial vale una fortuna, y en esas condiciones no podemos entregarlo a la familia del señor Harry Stewart. Lo malo es que éste «se va» por momentos y ya no queda tiempo de nada.

—¿Ve? Eso sí que lo entiendo.

La voz del encargado gimió:

—Tendremos que pedir a Nueva York el duplicado. Es una auténtica lástima, pero no queda más remedio. O quizá tendrán que enviarlo directamente desde Nueva York a Washington sin retocar, si es que el tiempo apremia.

—¿El duplicado? —musitó Rock con un gesto de sorpresa.

—¿Ve cómo no entiende el negocio? ¿Y encima aún quiere casarse con Glenda?

—El día que me case con Glenda —gruñó Rock—, no será para hablar del negocio, macho.

—En fin, hay que enseñar al que no sabe... Se lo explicaré aunque usted sea un bárbaro de las llanuras. Dos ataúdes vulgares se fabrican en serie para que salgan más baratos. Los de lujo también, aunque en series más pequeñas y más cuidadas. Los «especiales»...

—¡Y dale con los especiales...!

—Los «especiales» —continuó el otro, sin inmutarse—, se hacen por parejas. Como todos están contruidos por encargo para personas muy distinguidas, hay que tener uno en reserva por si al primero le pasa algo.

—¿Y si no le pasa nada?

—En ese caso el ataúd sustituido se guarda un tiempo y luego se vende. Siempre a un cliente distinguido, claro. Por ejemplo el del señor Harry Stewart: Un día se nos muere un banquero o quizá un simple corredor de apuestas que se ha hecho millonario, y nuestros agentes de ventas proponen a la familia dar el golpe. «¿Quieren para su difunto un ataúd como el que tuvo un consejero presidencial?». Todos los peces gordos pican. Por dar envidia al vecino, la gente incluso se muere a gusto.

Rock no tenía nada que objetar a eso.

Desgraciadamente el mundo marchaba de esa manera. Y así marchaba de bien.

—Pero con el del señor Harry Stewart no podremos hacerlo —se lamentó el encargado de Filadelfia—. Los beneficios recortados a la mitad... Definitivamente pediré a Nueva York que envíen el duplicado. O que lo tengan listo por si desde Washington lo necesitan con la máxima urgencia.

—Haga lo que quiera, amigo. Cuélguese el ataúd de las narices si le parece bien. Pero, sobre todo, no deje de avisarme si Glenda aparece por ahí. Anote mi número de teléfono.

El otro lo anotó.

Rock County colgó sin poder disimular un gesto de honda preocupación.

De desesperación casi.

Daba por descontado que Glenda, pese a no haber aparecido su cuerpo aún, estaba muerta. Sin duda la habían sacado de junto a la vía antes de que la policía la descubriese, pero su destino final no podía haber sido otro: al descubrirla en un ataúd que creían vacío, la habrían liquidado como trataron de liquidarle a él.

Intentó fumar un cigarrillo.

Pero ni eso podía.

Glenda Forester era su vida, era ya una parte sustancial de sí mismo. Se conocían desde niños y le parecía inconcebible que su existencia pudiera discurrir sin ella. Lo único que lamentaba era que su padre le hubiese dejado por toda herencia precisamente una funeraria pero, bien mirado, mejor es eso que una fábrica de armas. Habían acordado, además, que ella dejaría la funeraria en cuanto se casaran los dos.

Ahora se daba cuenta Rock de que eso no ocurriría nunca.

Se daba cuenta con desesperación de que él, al igual que aquel viejo y delicado poeta llamado Amado Nervo estaba enamorado de una muerta.

Terminó de arreglarse y salió a la calle. Necesitaba pensar, necesitaba encontrar alguna solución..., aunque esa solución no existiese. De una forma maquinal, sin darse cuenta de lo que hacía, fue al garaje donde guardaba su coche.

Narices.

Ya casi había olvidado del todo que su coche estaba aparcado en

Roselle Park.

Pensó ir allí y recogerlo, aprovechando la ocasión para hablar otra vez con Elaine Simpson. Salió a la Calle 42 entre los dos establecimientos que circundaban la entrada de su casa: un cine «porno» y una librería donde se vendían revistas especializadas en universitarias ligeras de ropa. No cabe duda de que Rock County vivía en uno de los lugares más «animados» de Nueva York. Por eso Glenda siempre le estaba diciendo que se mudase.

Un taxi pasaba en aquel momento.

Lo llamó y se introdujo en el interior.

—¿Puede llevarme a Roselle Park? —preguntó al conductor—. Está cerca de Newark.

—Claro que puedo llevarle. Todo consiste en que pague la carrera.

—Pues adelante, amigo. Pero no se dé prisa.

Y Rock fue a arrellanarse en el asiento.

Necesitaba pensar.

Pero de pronto pegó un brinco. De pronto todos sus músculos se pusieron en tensión.

¿Qué le pasaba?

¿Era una alucinación?

¿O realmente se trataba de Glenda Forester la pasajera del taxi detenido a poca distancia?

De su garganta escapó un verdadero aullido:

—¡Glenda...!

Salió como un bólido por la portezuela opuesta a aquélla que había empleado para entrar.

Y se detuvo apenas a dos pasos.

Estupefacto. Desolado.

La pasajera del taxi acababa de volver la cabeza hacia él. Se parecía mucho de perfil a Glenda Forester, pero de frente el parecido era mucho menor. Rock County se dio cuenta de que se había equivocado, viendo así derrumbarse sus esperanzas.

Y fue en aquel momento cuando sucedió.

Fue en aquel momento cuando a sus espaldas brotó algo así como un anticipo del infierno.

CAPÍTULO IX

Todo sucedió tan vertiginosamente que Rock County no se dio cuenta de los hechos hasta algún tiempo después, como el boxeador que recuerda las consecuencias del K.O., sólo cuando ya se ha despertado. Casi en el momento de salir él del taxi por la otra puerta, y cuando apenas estaba a unos cinco pasos, toda la calle tembló. El taxi se convirtió en un montón de pavesas envueltas por una bola de fuego. El conductor había sido materialmente pulverizado. El depósito de gasolina estalló.

Sin duda los que acababan de hacer aquello creían que Rock County aún estaba dentro.

No le habían visto salir por la otra portezuela.

Y lo que produjo como un terrible *shock* en el cerebro del agente federal no fue sólo eso. Fue también otro pensamiento: ¡para aquel salvaje ataque, habían empleado nada menos que un bazooka!

Habían querido asegurarse.

Habían actuado sin piedad.

Habían pensado sólo en la eficacia implacable de una verdadera arma de guerra.

Todos estos pensamientos pasaron por su cerebro con la velocidad de chispazos, mientras se decía que, de no ser por una casualidad, él estaría convertido en una tea como el pobre taxista. Pero también se dijo algo más: ¡los del bazooka estaban a la derecha! ¡Estaban en la misma línea de casas donde vivía él!

Saltó como una pelota de goma.

Le vieron y dispararon de nuevo. El proyectil abrió un terrible boquete a sus pies. Sólo la endiablada, la fantástica agilidad de Rock le permitió no quedar pulverizado esta vez.

Vio a los que disparaban. Eran dos hombres y estaban en la ventana de un primer piso, en un despacho de alquiler. Sin duda

pensaban huir por los patios interiores después del primer disparo, pero habían necesitado dos y eso complicaba las cosas.

De todos modos intentaron huir.

Soltaron el bazooka.

Rock hizo que sus dientes rechinaran de rabia al comprender que no los atraparía nunca. No se puede subir a un primer piso de un solo salto, a menos que uno sea «Superman». Y Rock County no era «Superman», sino un triste agente federal al que habían metido en un lío de ataúdes del que no sabía cómo salirse.

La calle se había llenado de gritos.

Tres automóviles acababan de chocar entre sí. Un herido gemía lastimeramente. Un autobús de los que hacen el recorrido hasta United Nations Plaza venía lanzado a toda velocidad para salir de la zona de peligro.

Sus neumáticos chirriaron cuando aquella mole intentó esquivar un coche con una rueda saltada.

Los reflejos de Rock funcionaron también como chispazos.

Saltó sin pensarlo.

Aquel salto inició una serie de cabriolas que hubieran parecido imposibles a cualquiera que hubiese tenido calma para verlas.

Y sin embargo fueron rigurosamente calculadas, rigurosamente lógicas. El primer salto de Rock le llevó hasta el techo del automóvil averiado. Desde allí saltó al techo del autobús que se lanzaba como una bala a través de la calle.

Estaba ya a buena altura.

El autobús zigzagueaba como una moto.

Se oían los chirridos de sus frenos como si fueran a saltar de un momento a otro.

En la calle la gente aullaba.

Rock County había sacado su calibre «38».

Saltó desde el techo del autobús al toldo de un establecimiento que ocupaba casi toda la acera. En el toldo podía leerse un *slogan* muy prometedor: Exciting girls.

Pero maldito si el federal lo leyó.

El toldo produjo bajo sus pies el efecto de una red: lo impulsó hacia arriba. El joven hizo una pirueta y se encontró de pronto a la altura del primer piso, justo frente a la ventana desde la que acababan de disparar con el bazooka.

Contorsionó todo el cuerpo.

Penetró por ella como una bala.

Los dos hombres que habían manejado la mortífera arma de guerra estaban aún al fondo del pasillo, sin salir del despacho. Éste se encontraba desamueblado, señal evidente de que lo habían alquilado aquella misma mañana o quizá el día antes.

Habían sacado sus armas.

Uno llevaba una «Browning», el otro una «German Luger».

Rock County no les dejó tiempo ni para respirar.

El duelo era a vida o muerte.

Y él tenía un buen petardo para repartir bendiciones a aquella distancia.

Disparó dos veces frenéticamente, imprimiendo un suave giro a su revólver. Uno de los hombres saltó hacia atrás y pareció quedar clavado en la pared como una mariposa.

El otro no había sido alcanzado mortalmente. Intentó contorsionarse y alzar su arma. Necesitó que Rock le enviara otra bala, ésta al centro de la cabeza.

El federal bajó su revólver.

Todo seguía siendo como una extraña alucinación.

Habían transcurrido apenas dos minutos desde que él entró en el taxi pidiendo que le llevaran a Roselle Park. Y en ese brevísimo tiempo había sido aterrorizada una calle entera y habían muerto al menos tres hombres.

Rock se acercó a los caídos.

En ese momento una voz metálica dijo desde la puerta:

—Suelte ese flauta que lleva en la derecha. Péguese a la pared. Alce las manos. Separe las piernas.

Rock masculló:

—¿Más cosas, agente? ¿Puedo respirar mientras tanto?

El hombre que acababa de irrumpir en el despacho, uno de los policías de servicio en la Calle Cuarenta y Dos, era un auténtico gigante. Llevaba un revólver de sensacionales proporciones con el cual apuntaba caritativamente a la cabeza de Rock.

Como si pensara que, para lo birria que es este mundo, más vale enviarle a uno fuera de él.

Rock añadió:

—Soy un agente federal. Encontrará mi placa cuando me

registre.

—Eso son palabras. Haga lo que le digo.

Rock County se resignó a ser cacheado, pues sabía que el policía debía tomar aquella elemental precaución. Mientras tanto ya había entrado un compañero suyo, también de dimensiones gigantescas. Miró al bazooka y luego miró a los dos muertos como si no pudiese creer nada de aquello.

El primer agente devolvió a Rock su placa.

—Ha dado un salto fenomenal, amigo. Creí que estaba loco cuando le he visto iniciarlo. ¿Qué sabe de esto? ¿Perseguía a esos tipos?

—No. No los había visto jamás.

—Entonces, ¿por qué han intentado matarle? Porque la píldora iba para usted, ¿no?

—Cierto, iba para mí. Pero imagino que estos dos pájaros a los que no conozco pensaban liquidarme por cuenta de algún otro pájaro al que conozco menos aún. Déjeme cachearlos.

—De acuerdo, pero ponga todos los objetos al lado de los cadáveres. No se quede con nada.

La petición era razonable, y Rock la atendió. Por otra parte temía que aquellos dos tipos no llevasen nada de interés, y así sucedió efectivamente. Ni un documento. Ni un simple sello de Correos. Nada. Sólo unas balas, dinero y las llaves de un coche que poco significaban, porque Dios sabía dónde estaba aparcado. A lo peor en Michigan.

Uno de los policías gruñó, mientras el otro buscaba un teléfono:

—Poca cosa, ¿eh?

—Desgraciadamente lo esperaba.

Pero sin embargo los ojos de Rock permanecían quietos. Y Rock no se movía de allí. Sus dedos se deslizaron por el traje de uno de los dos pistoleros.

El policía que estaba junto a él murmuró:

—Yo llevo tiempo arrastrándome por esta zona y aguantando cerdadas. Soy un veterano y se lo digo de veras: al menos a uno de esos dos pajarracos lo tenía visto. Toda la chusma de la ciudad acaba desfilando tarde o temprano por la Calle Cuarenta y Dos, se lo aseguro. Este fulano era un matarife a sueldo. Dos veces lo detuvieron y dos veces no pudieron probarle nada.

Rocky hizo un suave movimiento.

¡Chask!

El botón fue arrancado de la americana del muerto.

—¿Pero qué hace?

—Nada. Me llevo un botón. ¿Es tan grave?

—Los reglamentos dicen que de los cadáveres no puede uno llevarse nada.

—Informe de eso a su sargento cuando venga. Diga que lo he arrancado yo porque necesito hacer una investigación rápida, pero que lo devolveré antes de la autopsia. Ah... Y no pongo en duda lo que de esos dos tipos fueran matarifes a sueldo. Sólo unos bestias acreditados podían preparar un golpe así. ¿Quiere anotar mi nombre y mi número, agente?

—Ya lo he hecho al ver la placa.

—Una cosa que deben averiguar es por quién fue alquilado este despacho, aunque imagino que eso no llevará a nada porque lo alquilarían los propios asesinos. Pero es un trámite inevitable. Y ahora, adiós.

—Suerte, federal.

—Me parece que voy a necesitarla de veras —dijo Rock, con más sinceridad de la que él mismo hubiera deseado.

—Cuidado, no vaya a tragarse el botón.

Pero Rock ya no le oyó.

Estaba de nuevo junto a la Calle Cuarenta y Dos, aquella alegre sucursal del infierno.

El puente Verrazzano.

La gigantesca construcción metálica que corta la bahía por el sur desfilaba vertiginosamente ante los ojos de Rock County, al volante del coche que acababa de robar. No era muy elegante lo que había hecho, pero necesitaba llegar cuanto antes a Roselle Park y por las inmediateces de la Cuarenta y Dos ni funcionaban los autobuses ni había quién encontrara un taxi. Rock había salido de Manhattan por el puente de la Battery y había atravesado todo Brooklyn por la autopista de Queens, hasta llegar al gigantesco puente. Mientras lo cruzaba, su cabeza rugía más que el motor del coche.

Una vez en Richmond, siguió por la autopista 278 y atravesó el curso de agua llamado Arthur Kill antes de entrar en el vecino Estado de Nueva Jersey. Una vez allí pasó muy cerca del hospital en

que había estado, en la zona de Elisabeth, y llegó casi inmediatamente a Roselle Park.

El día estaba encapotado.

No había gente. La razón fundamental de ello era que el parque se abría sólo al público a partir de las doce. Sólo unos cuantos empleados limpiaban parsimoniosamente todo aquello para cuando sonase la hora.

Rock mostró su placa a uno de los vigilantes y entró. No hubiera necesitado enseñarla, de todos modos, porque le conocían ya demasiado bien desde su condenada aventura.

—Ah —dijo el guardián—, usted es el de las montañas rusas.

—Sí. Vengo a ver si me caigo otra vez.

—Tenga cuidado. Las están pintando.

Demasiado sabía Rock que las estaban pintando.

Fue directamente a la enorme estructura y la miró. Ahora no trabajaba nadie allí, pero gran parte de las vallas estaban pintadas de refulgente color amarillo.

Era uno de esos amarillos tan notables, tan chillones que se emplean para las rayas de tráfico.

El federal sacó el botón que había arrancado de la americana de uno de los muertos.

Lo puso sobre la caña de pintura.

Exacto.

La mancha de pintura que había visto en el botón antes de arrancarlo era idéntica a la pintura que estaba cubriendo ya gran parte de las montañas rusas.

El pistolero —los dos seguramente— había salido de allí.

Como los anteriores.

Rock County guardó el botón.

No sabía bien dónde estaba, pero sabía al menos una cosa: que acababa de descubrir una de las entradas de su propia tumba.

CAPÍTULO X

El hombrecillo, que había dejado su coche a la entrada del parque, pasó muy cerca de él sin dirigirle una sola mirada. Caminaba sobre sus cortas piernas como los japoneses de antes de la guerra del 45, que eran mucho más bajitos que los de ahora. Tenía un aspecto respetable y pacífico. Cualquiera hubiese podido pensar de él que era un ayudante de un primer ministro.

Se dirigió hacia el museo de las figuras de cera.

No había nadie allí.

Las mujeres encargadas de la limpieza ya se habían ido, y para el público aún no estaba permitida la entrada.

Muchas de las imágenes aún estaban cubiertas por cortinas.

Pero la principal no.

La principal le miraba con sus ojos inquietantes, le saludaba con sus piernas mórbidas, que era una lástima resultasen ser solamente de cera.

Tesio, el hombre que había llegado desde el otro extremo del mundo, se detuvo ante la figura.

Sabía que era una reproducción, pero de todos modos la contempló con el mismo deleite qué si se tratara de una mujer auténtica.

El sabía valorar bien las obras de arte.

Y Elaine Simpson lo era.

Era una obra de arte en su aspecto carnal y lo era también en aquella figura de fantástica belleza que se exhibía a la admiración del público.

Los ojillos del japonés miraron en todas direcciones.

No había nadie más que él.

Sus labios se separaron entonces.

—Siento decirlo —musitó—, pero las contrariedades se acumulan. Vamos a tener que modificar nuestros planes utilizando

el ataúd de repuesto, el que construyeron en la casa Forester por si pasaba algo con el primero. Eso significará una nueva táctica que de todos modos estoy dispuesto a seguir, pero en cambio existe un peligro que no podemos soportar ya por más tiempo.

Se detuvo.

Miraba a la figura de cera como si esperase comprobar el efecto que sus palabras causaban en ésta, aun sabiendo como sabía que no era más que una reproducción.

Añadió:

—No contábamos con que en el ataúd hubiese una mujer, y no contábamos tampoco con que esa mujer estuviera ligada sentimentalmente a un hombre. Un hombre que la busca por todas partes y que ya se ha introducido en nuestro mundo de una manera tan peligrosa que amenaza con trastocar todos nuestros planes. En este caso, ¿qué hacer? Lo más elemental y al propio tiempo lo más justo es acabar con él. Por ello tomé desde el principio las necesarias medidas.

Después de estas palabras miró de nuevo la figura de cera. Naturalmente que no esperaba ninguna respuesta, pero siguió dando la sensación de que creía hablar con una persona viva. Acercándose un poco más, cuchicheó:

—He intentado matar a ese hombre, pero es difícil de pelar. Liquidó al que estaba en el ataúd, liquidó al de las montañas rusas y hace poco ha enviado al reino de los muertos a dos honorables ciudadanos que trataron de evitarle todas las preocupaciones de esta vida, empleando un bazooka en la Calle Cuarenta y Dos. Realmente yo no tendría que preocuparme de ese hombre, porque es un asunto marginal, pero pone en peligro nuestros planes y por eso hace falta acabar con él a cualquier precio.

Calló de nuevo por unos momentos. Sus ojos estaban entornados. Dio un par de pasos laterales sobre sus cortas piernas y añadió:

—Por fortuna Glenda Forester, la chica que iba en el ataúd, está viva y la hemos retenido con nosotros. Mi plan es proponer a ese hombre un canje: si nos deja en paz le devolveremos a la muchacha. Naturalmente que ésta es sólo una teoría para atraerle adonde nos interesa a nosotros. Una vez haya picado el cebo acabaremos con él, así como con Glenda Forester. Comunico este plan, pero como me

interesa ganar tiempo lo pondré en práctica inmediatamente sin esperar su conformidad. Buenos días.

Hizo una suave reverencia.

Dio más que nunca la sensación de que había estado hablando con una persona viva.

Giró sobre sus brillantes zapatos y salió.

Pudo ver a Rock County.

Rock County estaba junto a las montañas rusas.

El japonés podía pasar cerca de él tranquilamente porque Rock no le conocía. No sabía ni siquiera que dos súbditos orientales estaban metidos en aquel mejunje. De modo que Tesio pasó muy cerca y le miró atentamente.

El entendía de luchadores.

Y reconoció que Rock County hubiera hecho muy buen papel en cualquier *ring*, pues tenía una auténtica planta de atleta. Su pegada, además, debía ser terrorífica, desde el momento en que había matado a golpes al hombre a quien encontró en el ataúd. Y su agilidad debía ser la de un gato, puesto que había escapado a los disparos del bazooka.

Por su parte Rock también le miró a él.

No es que le llamara la atención, pues efectivamente él sólo había luchado hasta entonces contra norteamericanos y no sabía que hubiera ningún japonés metido en aquel mejunje. Pero Rock se fijaba en todo. Y se dio cuenta de que aquel tipo bajito y enigmático acababa de salir del museo de las figuras de cera.

Un momento después lo había olvidado.

El japonés se perdió más allá del circo mientras Rock County seguía pensando en todo aquello y buscaba un plan de acción.

Un momento después vio a la chica.

La chica venía contoneándose hacia él.

Era una vendedora de uno de los *stands*, pero podía haber sido cualquier otra cosa. Bueno, podía haber sido una bailarina o una cortesana. Tenía planta para eso. Tenía cara, tenía piernas. Tenía unos labios provocativos y una mirada insolente. Midió con los ojos al hombre como si pensara proponerle un trato.

Rock County musitó:

—Lo siento, hermana. Estoy en vacaciones forzosas.

—No te hagas ilusiones, macho.

—No me las había hecho.

—Me han dado veinticinco dólares para que te entregara esta nota.

—¿Quién te la ha entregado?

—En los veinticinco dólares estaba comprendido el silencio, pichón. Léela y luego te la tragas.

La chica se alejó.

Tenía unas caderas que hacían «ras, ras». Y una cintura que cimbrea a cada paso.

Rock desdobló el papel. Estaba escrita en una letra fina y nerviosa, una letra de mujer. Lo cual no era una pista, porque seguramente se la habían hecho escribir a la misma muchacha que se la trajo.

La nota sólo decía:

A las once de la noche, parada del suburbano de Clarendon Road, en Brooklyn. Tren expreso 201, vía Times Square.

Nada más.

Era bien poco, según como se mirara, pero también podía ser mucho. El joven miró su reloj y vio que casi faltaban once horas para el momento de la cita.

Tenía la suficiente experiencia para saber que querían hacerle una proposición, y ello significaba que debía abstenerse de dar un paso más por el momento. Estaba seguro también de que aquella proposición tenía algo que ver con Glenda Forester.

De modo que salió del parque y se dirigió de nuevo a Manhattan, su domicilio de la Calle Cuarenta y Dos. Había aún bastantes policías, pero ya trabajaba una brigada de obreros y se estaba normalizando el tráfico. El joven se tumbó en la cama y trató de descansar.

Inútil.

Ni el sueño acudía a él ni tenía apetito. Los nervios tampoco le dejaban vivir.

No supo cómo habían transcurrido las horas. A las diez tomó su coche, que ya había rescatado de la playa de estacionamiento de Roselle Park, y se dirigió por el túnel de Williamsburg hacia la Avenida Buschwick, ya en Brooklin. Torció por Eastern Parckway, muy cerca de donde había vivido Glenda, y casi a las once estaba en la estación del suburbano de Clarendon Road.

Sabía muy bien que el tren 201, destino Times Square, era un expreso.

No pararía allí.

Entonces, ¿para qué diablos querían que lo viese?

Las unidades normales del suburbano de Nueva York paran en todas las estaciones, pero hay trenes especiales, los llamados «expresos», que sólo paran en unas pocas y así es posible ir de un distrito a otro a gran velocidad, en especial a las horas «punta». Sobre las once de la noche ya circulan los últimos trenes, los cuales van tan vacíos que muchas veces en los vagones van sólo dos personas, las cuales han de estar encerradas allí, absolutamente solas, durante quince minutos o más. Eso ha hecho posible que en los expresos de Nueva York se cometieran tantos atracos y hasta violaciones de mujeres, y eso hizo necesario también que, según qué temporadas, en los vagones fueran, como «pasajeros», enormes perros policía. Pero ahora la cosa estaba tranquila.

La estación aparecía enorme y solitaria, terriblemente sórdida y desangelada, ante los ojos de Rock County.

Pocas cosas hay tan feas en el mundo como las estaciones del suburbano de Nueva York.

Unas luces amarillentas la iluminaban de una forma tétrica.

No se veía a nadie.

Rock County tenía todos los nervios en tensión. Sus ojos escrutaban a un lado y otro.

Y entonces le vio venir.

Era en apariencia un pasajero, aunque había algo en él que llamaba la atención. Quizá era su elegancia un poco rebuscada, una elegancia que hubiera podido llamarse «oriental», o más bien «árabe». Rock se había dado cuenta de que los árabes ricos son los más partidarios del lujo que existen en el mundo, y que cuando visitan países occidentales parecen maniqués. También le impresionaron los ojos quietos, profundos, bellísimos de aquel hombre. Eran unos ojos que una mujer hubiese envidiado y que también tenían algo de árabe. En aquel hombre había algo de Rodolfo Valentino de los buenos tiempos, impresión que no sólo venía justificada por sus ojos y por su belleza un poco sofisticada, sino también por su modo rebuscado de vestir.

Se acercó a Rock County.

Rock County ya lo esperaba.

El otro dijo en correcto inglés:

—Voy a proponerle un trato.

—¿Por cuenta de quién?

—Eso no le importa.

—Puede importarme. Puedo negarme a seguir escuchando si no me lo dice.

—Está bien; en ese caso me iré. No habrá trato y Glenda Forester morirá.

Todo el cuerpo de Rock sufrió una sacudida.

El otro ya había hecho un gesto para irse.

El federal masculló:

—Espere.

—¿Qué ocurre?

—Ya no le pregunto por cuenta de quién hace el trato. Dígame lo demás.

—Glenda Forester vive.

Rock tragó saliva.

Toda su garganta se había tensado. Sentía un profundo, un infinito alivio.

—¿Qué hicieron con ella? —preguntó.

—Como no resultaba peligrosa, la sacamos del tren y la retuvimos pensando que podría sernos útil en algún momento. Ese momento ha llegado.

—¿Quiere ofrecerme un trato?

—Se lo estoy ofreciendo, amigo. Óigalo bien: Glenda vive y seguirá viviendo si usted deja de meterse en este condenado asunto. De lo contrario acabaremos con ella.

—¿Cómo sabrán que dejo de meterme en este mejunje?

—Tomará mañana un avión que vaya a Kingston (Jamaica). En Jamaica tenemos hombres que le vigilarán y que le impedirán volver a Estados Unidos hasta que todo haya terminado. Puede pagarse un viaje hasta allí, supongo.

—De momento sí. Supongo que en Kingston no estorbaré, ¿verdad? ¿Y cómo sé que a pesar de eso no matarán a Glenda?

—Tendrá que fiarse, amigo. O eso o no hay trato.

—¿Y cómo sé que Glenda está viva?

—Eso es fácil. Espere.

Eran las once en punto.

El convoy llegaba a gran velocidad.

Los vagones, brillantemente iluminados, pasaron ante él como una exhalación. Lo que iba dentro de ellos era para él tan inasequible como si estuviera en un satélite artificial en torno a la luna.

Y dentro de uno de aquellos vagones... ¡vio a Glenda!

¡Seguro que era ella!

¡Estaba en un vagón sin más compañía que la de un hombre!

Sin duda a ella también la habían advertido del encuentro, porque saltó de pronto hacia una de las ventanas y se pegó ansiosamente al cristal. Durante unas décimas de segundo, durante un tiempo infinitesimal que sin embargo les pareció eterno, sus rostros estuvieron casi juntos, separados sólo por aquella lámina de vidrio que se desplazaba a noventa por hora.

Durante aquellas décimas de segundo, Rock sólo estuvo pendiente de ella.

De sus labios escapó una sola palabra:

—¡Glenda!

Fue aquél el momento que eligieron para acabar con él. Estaba tan distraído, tan obsesionado que no se dio cuenta de nada. Los dos hombres altos como torres se despegaron entonces de las sombras y vinieron hacia su espalda.

Nada tan sencillo.

Un buen empujón... ¡y abajo!

Con los huesos de Rock County podrían hacer a la mañana siguiente un reconstituyente para perros.

Quizá otro hombre no les hubiera visto, pero Rock County estaba habituado a moverse entre la muerte y veía por ambos lados, como las serpientes. De pronto vio aquellas manos que volaban hacia él, unas por la izquierda y otras por la derecha.

Se movió instantáneamente.

Fue algo tan rápido que ninguno de los dos asesinos pudo preverlo. De pronto los brazos de Rock se abrieron.

Los dos hombres, que venían lanzados, chocaron con ellos.

Fue como si chocaran contra dos barras de acero.

Aullaron.

De pronto el hombre que estaba a la derecha sintió como si le

hubieran apresado entre las aspas de un molinete. Giró vertiginosamente, mientras sus pies se separaban del suelo y todo su cuerpo era empujado por aquella especie de máquina implacable.

Se oyó un terrible chillido.

Un chillido casi femenino.

Había sido lanzado hacia adelante, cayendo entre dos vagones. Su cuerpo resbaló hasta quedar espantosamente deformado entre los parachoques.

El otro intentó huir.

De pronto se sentía aterrorizado.

Rock lo había sujetado por una mano. Tiró de él y lo hizo volar por encima de su cabeza.

El aullido casi femenino se repitió.

El hombre había chocado con uno de los vagones, resbalando hacia abajo hasta quedar entre el andén y la estructura metálica del convoy. Éste trabajó como una máquina de picar carne. El hombre fue dejando sus restos y su sangre a lo largo de más de cincuenta yardas, en un espectáculo que hubiera nublado la vista a un bisonte.

El árabe —Rock no sabía cómo llamarlo— que estaba junto al federal, lanzó un grito de horror.

No podía resistirlo.

Pero la pistola automática que sostenía en la derecha era lo bastante elocuente para saber qué intenciones llevaba. Rock, como en un chispazo, comprendió que aquello había sido una trampa para liquidarle. Y que ahora no respetarían la vida de Glenda.

No había pacto.

Lo único que tenía que intentar era... ¡rescatarla!

Se lanzó como un bólido hacia adelante.

Se lanzó hacia la muerte.

CAPÍTULO XI

El convoy ya había pasado prácticamente, y sólo el último vagón estaba ante los ojos de Rock County. Cuando éste se lanzó sabía que aquello era un suicidio, pero sabía también que, paradójicamente, no tenía otro sistema para intentar escapar de la tumba.

El de los ojos bonitos estaba disparando.

Le enviaba una auténtica despedida de plomo.

Las balas pespuntearon el aire, atravesando la plancha del último vagón, donde por fortuna no había nadie. Rock County se sujetó al estribo. Sus pies resbalaron un momento sobre la vía y quedaron como abrasados. Apretó los dientes y saltó.

Todo el cuerpo le dolía.

Ya no sabía ni dónde estaba.

Una última bala dejó deshecho un *stop* del último vagón. Luego éste se hundió en la negrura del túnel. Rock tragó aire ansiosamente mientras se sujetaba a la manilla de la portezuela con que terminaba la última anidad del convoy.

Aquella manija era su salvación.

Le salvó de rodar por la vía, lo que sin duda hubiera acabado con sus huesos.

Ya en la oscuridad del túnel, intentó forzar la cerradura de la puerta. Por suerte para él, el convoy terminaba en un vagón de los que normalmente se ponían en el centro, es decir con puertas a ambos lados. De lo contrario se hubiera encontrado con una pared metálica completamente lisa.

Extrajo la navaja que llevaba anexa una ganzúa.

Trabajó febrilmente.

Al fin se produjo un chasquido y la puerta se abrió.

Rock pasó al vagón y la cerró de nuevo. Procuró adoptar una actitud desenvuelta. No había nadie allí y por lo tanto nadie se había enterado de que la plancha estaba acribillada a balazos.

El federal hizo crujir sus nudillos.

Tenía una importante ventaja.

El hombre que estaba en el vagón con Glenda, y que sin duda la vigilaba, debía creer que le habían matado en Clarendon Road. Por lo tanto estaría tranquilo, demasiado tranquilo. E iba a cortársele la digestión cuando lo viese aparecer allí.

Rock County fue pasando de un vagón a otro.

Todos estaban casi vacíos.

En uno de ellos iba un tipo ansioso que leía dos periódicos a la vez. En otro un borracho. En otro un revisor dormido. Por fin, en uno de los primeros iba una cortesana que le guiñó un ojo. Mala noche debía haber tenido por las calles de Manhattan.

Rock abrió la puerta del vagón donde iba Glenda.

La chica estaba allí, sentada.

Lloraba silenciosamente.

No le había visto, así como tampoco el tipo que llevaba en la mano una larga maleta parecida a un estuche de violín. Como el tren no paraba en ninguna parte, no había que extremar las precauciones allí, y por lo tanto el fulano andaba un tanto distraído.

Rock se quedó quieto.

Sacó lentamente su calibre 38.

Pensó una sola cosa:

«Muerte».

Muerte sin piedad para aquel hijo de perra. Quería ver el color de sus sesos.

Pero a pesar de que el hijo de perra no le había visto, pasó a la acción. Tenía sin duda una misión que cumplir y fue a cumplirla ahora. Abrió suavemente el maletín y extrajo de él una pistola de cañón extralargo.

Dejó el maletín abierto sobre uno de los asientos.

Rock no pudo ver qué más contenía.

Ni le interesaba.

Tenía bastante con saber que aquel tipo iba a cumplir la orden de ejecutar a Glenda Forester.

Sin duda le clavaría una bala en el corazón, la dejaría sentada como si tal cosa y luego él se bajaría en la próxima estación, cinco o seis minutos más tarde.

El hombre apuntó.

Glenda le miraba aterrada.

Pero no imploró piedad. No dijo una palabra.

Allí, en la sordidez del túnel, bajo las calles de Queens, iba a vivir los últimos segundos de su vida.

El hombre susurró algo que Rock no pudo oír.

Quizá era una despedida. O quizá decía que era una lástima matar a una chica con unas piernas tan succulentas.

Pero a Rock tampoco le importaba.

Hizo fuego.

En el último instante había decidido que le convenía tener a aquel tipo vivo y por eso no le envió al infierno.

Sólo le destruyó la pistola que tenía en la derecha.

El asesino lanzó entonces un gruñido, se encogió y miró a Rock con ojos desencajados. Le debió parecer algo así como un fantasma. Durante unos instantes fue incapaz de comprender nada, fue incapaz de reaccionar.

Rock pudo haberle matado fácilmente.

Fue una lástima que pensara en aquel momento: «Lo necesito vivo».

Instantes después tendría motivos para arrepentirse.

El hombre retrocedió un paso, con las manos levemente alzadas, y se situó junto a su maletín. Se encontraba a unos tres o cuatro pasos de Rock. Éste, por un instante, cometió la distracción de mirar a Glenda para tranquilizarla con una palabra.

Su enemigo sacó algo del maletín, del alargado estuche que hubiera podido contener una ametralladora.

Pero no era un arma de fuego.

Lo que aquel hombre extrajo era el arma más curiosa del mundo, la más anacrónica en la supermoderna Nueva York. Era un arma realmente medieval. ¡Una espada de samurái! ¡Una de esas armas ligeras y de suave curvatura con que los nobles japoneses luchaban en la Edad Media!

Hoy existen todavía, en el Japón, expertos en esa lucha. Se trata de una especie de deporte nacional, aunque se practica con espadas de madera porque de lo contrario habría varios muertos en cada sesión.

Hay que verlo para creerlo.

Las espadas de esa clase, bien manejadas, son más veloces que

las balas. Mientras un combatiente grita para infundir pavor, ya la ha clavado dos veces en la cabeza de su enemigo sin que éste se entere. Ya le ha convertido la cabeza en las dos mitades de un queso de bola.

Una espada de samurái a corta distancia y manejada por buenas manos, resulta tan mortífera como una metralleta.

Rock County se dio cuenta de eso demasiado tarde.

Cuando la punta de la espada, viniendo hacia él con una precisión increíble, se le llevó el revólver de entré los dedos.

Rock County miró su mano derecha.

No podía creerlo.

Había aparecido en ella una línea de sangre.

Su enemigo lanzó un alarido y vino contra él. Llevaba la espada sobre su cabeza y la hizo girar en una especie de terrible molinete, de modo que resultó casi imposible verla.

Rock sólo distinguió un relampagueo.

¡Venía hacia su cabeza!

Sus reflejos funcionaron con la rapidez de una máquina electrónica. Seladeó en la última fracción de segundo. La espada pasó junto a él y le acarició la manga.

¡Chask!

Aquella especie de estampido fue algo siniestro.

La espada tenía la fuerza de una bala.

¡Partió en dos el respaldo metálico de uno de los asientos!

Sin comprender todavía cómo podía haber fallado, el asesino se lanzó a la carga de nuevo.

Otra vez alzó la espada por encima de su cabeza.

Otra vez lanzó un grito terrorífico que helaba la sangre en las venas.

Esos gritos son, en tal clase de lucha, el arma más eficaz. Durante unas centésimas de segundo paralizan los nervios del contrario. ¡Y esas centésimas de segundo bastan para el viaje a la eternidad!

Pero Rock lo sabía y además tenía unos nervios de acero. Giró como una peonza y se estrelló contra una de las paredes. La espada zigzagueó en ésta y produjo un terrible corte.

Otro grito salvaje.

¡Pero ahora fue Rock quien lo lanzó!

¡Ahora Rock había dado una carga bajo la espada cuando su enemigo la alzaba de nuevo!

Mientras con una mano le sujetaba por una cadera, con la otra detuvo el brazo armado. Empujó brutalmente a su rival contra la pared.

Se oyó un alarido.

El de la espada no podía creerlo.

Su muñeca... ¡parecía deshacerse en el aire!

¡Se la estaba convirtiendo en pedazos!

Su alarido de dolor se hubiera oído en todo el convoy de no ser por el traqueteo de éste.

Tuvo que soltar la espada.

Rock la tomó entre sus dedos febriles.

Ahora brillaba un solo deseo en sus ojos.

Una sola consigna.

¡Muerte!

Casi partió en dos a su enemigo.

El tajo fue salvaje.

Vio saltar la sangre hasta el otro lado del vagón. Glenda Forester, a pesar de lo habituada que estaba a ver muertos, se llevó las manos a la cara con un gesto de pánico.

Rock County respiró ansiosamente.

Casi no podía creer que estuviera vivo. Y que lo estuviera también Glenda Forester.

Recogió su revólver, y lo guardó. Luego ayudó a levantarse a Glenda, que a causa de sus nervios destrozados casi no podía tenerse en pie.

En ese momento el convoy empezó a detenerse.

Llegaban a la estación de McCarren Park, ya muy cerca del East River.

Rock musitó:

—No conviene que nos encuentren rodeados de todo este espectáculo. Vámonos.

Tomó a la muchacha por un brazo y salieron. Ella casi se arrastraba; se notaba que no podía más.

Por suerte para ellos nadie intentó entrar en aquel vagón, aunque sí en los contiguos. Salieron a la calle.

Posiblemente hasta Times Square no descubrirían el espectáculo

del hombre partido en dos. Tenían tiempo para evaporarse y perderse en los vericuetos de Queens sin que nadie les siguiera.

Glenda musitó:

—Por favor... Llévame... Llévame a cualquier sitio... ¡Necesito estar contigo! Llévame... adonde sea.

Los dos fueron a un hotel que hay cerca de Meadow Park, en Central Parckway, a la altura de la calle 69.

No sabían lo que les ocurría.

Era como una borrachera.

Era como encontrarse de nuevo con la vida tras haber salido de los abismos de la muerte.

Cuando cayeron uno en brazos del otro, no sabían ni lo que iban a hacer.

Sólo sentían que se necesitaban.

Que palpitaban aún sobre la tierra. ¡Y que la vida puede ser tan breve!

Aquella noche Glenda Forester demostró que ella no era ninguna chica pasada de moda.

Demostró que valía la pena no haberla visto en bikini antes.

Demostró que podía hacer polvo a cualquiera.

Tanto que lo único que Rock County consiguió pensar fue:

«¡Menudo cadáver!».

CAPÍTULO XII

Fue a la mañana siguiente, estando los dos ya algo más centrados, cuando pasaron revista a la situación. Glenda explicó lo que le había sucedido a partir del momento en que dos hombres abrieron el ataúd dentro del vagón, pero sin que eso aportara ningún punto de vista nuevo para Rock County.

—Mientras uno se quedaba en el vagón —musitó ella—, otro me obligó a saltar en su compañía aprovechando un momento en que el tren disminuía la velocidad en un cambio de agujas. Me hice daño, pero me obligaron a seguir. Luego me metieron en un coche. Había otros dos hombres más cerca de donde yo caí.

—¿Explicaron algo entre ellos?

—No, nada. Sólo hablaban de cosas sin importancia, poniendo interés en no darme ningún dato.

—¿En qué idioma hablaban?

—En perfecto inglés. Y sin acento.

—¿Pero eran americanos?

—Bueno... Al decir que hablaban perfecto inglés quiero decir que hablaban nuestro idioma. Ya sé que a nuestro idioma muchas personas le llaman «el americano».

—¿Adonde fuisteis?

—No lo sé, porque al atravesar el Holland Tunnel me vendaron los ojos y ya no me enteré de nada. Incluso tal vez atravesamos todo Manhattan y salimos por el otro lado sin que yo me diera cuenta. Luego me metieron en una habitación pequeña y sin más ventanas que un respiradero. Me quitaron la venda y vi que había una cama, una silla y un diminuto cuarto de baño contiguo con otro respiradero. No sabía dónde estaba. Sólo oía de vez en cuando el aullido de alguna sirena.

—Lo cual no significa gran cosa —dijo Rock—. ¿Pero te parecían sirenas de grandes buques?

—Sí.

—Entonces podías estar en cualquier sitio, desde Norton Point hasta South Beach, en el otro lado de la bahía, que es donde generalmente los barcos hacen sonar sus sirenas si hay niebla. Pero también podías estar en Hoboken, que es lo que me parece más razonable.

—Sí, tal vez.

—El hecho de que tuvieran preparado aquel cuarto indica que esperaban a alguien, alguien a quien querían tener oculto. No lo habían preparado para ti puesto que a ti no esperaban encontrarte en el ataúd. Sólo lo utilizaste circunstancialmente.

—Es muy fácil que tengas razón, Rock. Lo cierto fue que no me trataron ni bien ni mal. No vi a nadie. Cada vez que me dejaban en el suelo agua o comida, apagaban todas las luces antes de abrir la puerta.

—¿Luego te sacaron en las mismas condiciones?

—Sí. Y cuando volvieron a quitarme la venda, vi que estaba en una estación del suburbano cerca del aeropuerto Kennedy. Era de noche. Tomamos un expreso en dirección a Times Square y al llegar a cierta estación me indicaron que mirase por la ventanilla. Entonces te vi... Lo demás ya lo sabes mejor que yo.

Rock County guardó silencio mientras se secaba, al salir de la ducha, su musculoso cuerpo.

Pensativamente murmuró:

—Bueno, aquí hay tres datos de momento, Glenda.

—¿Tres datos? ¿Cuáles?

—El primero que necesitaban el ataúd destinado a Harry Stewart. El que te encontrasen a ti dentro fue una casualidad con la que no contaban.

—Cierto.

—El segundo dato es éste: tienen en el área del gran Nueva York un alojamiento al menos, es decir el sitio en que te metieron a ti, preparado para una persona a la que nadie debe ver. Y es muy posible que tengan preparado alguno más: Es decir, esperan a alguien.

—También creo que tienes razón en eso, Rock. ¿Pero cuál es el tercer dato?

—El hombre que me atacó anoche en el vagón era un auténtico

experto en lucha con espada japonesa. Parecía un verdadero samurái.

—Es cierto, ya me fijé. Y creo que nunca he pasado tanto miedo...

—Pero, sin embargo, no era japonés.

Glenda le miró sorprendida, entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres decir, Rock?

—Nada, excepto constatar el hecho sorprendente de que aquel hombre había vivido mucho tiempo en el Japón. Lo que él sabía no se aprende en un solo año.

—Ahora que lo dices pienso que tienes razón, Rock. ¿Pero qué deduces de todo esto?

El se estaba vistiendo lentamente. A través de la ventana, miraba hacia la lejanía.

—Quizá nada —musitó—, o quizá mucho. Verás, Glenda... Conviene que no te muevas de aquí en absoluto. Si tienes hambre envía a una camarera a comprar algo y que te lo suba en un sobre. Nada de salir. Yo quizá vuelva antes de cinco horas.

—¿Cinco horas? ¿Pero adónde vas?

El dijo suavemente:

—A un sitio donde la gente se divierte mucho. Pienso hablar con una señora...

CAPÍTULO XIII

Ninguna investigación puede montarse si no es sobre las coincidencias. Las coincidencias son lo que descubre la cara oculta de la realidad y lo que pone en relación cosas que de otro modo nunca se relacionarían. Las coincidencias siempre se producen porque jamás son fruto de la casualidad, pero no todo el mundo las ve. Hay que estar «encima» de la investigación para notarlas. Y hay que tener los ojos bien abiertos, ya que de lo contrario pasan por delante de uno y se pierden para siempre sin que uno las note. Lo peor de todo, además, es que la misma coincidencia nunca vuelve a repetirse.

Rock County tenía ahora en las manos una de esas coincidencias.

Había visto a un japonés en Roselle Park, donde sin duda estaban concentrados —o tenían su cuartel general— los asesinos que tantas veces habían tratado de matarle.

Al cabo de un momento de ver al japonés, le habían entregado la noticia citándole en la estación de Clarendon Road.

¿Casualidad?

Era muy probable que no.

En Clarendon Road le habían tendido una celada mortal de la que a veces aún no se sentía muy seguro de haber escapado. Y en el vagón donde estaba Glenda había conocido a un tipo que manejaba estupendamente la espada de samurái.

Es decir, otro tipo que tenía algo que ver con el Japón.

Eso ya era una pista.

¿Y de dónde había salido el japonés que quizá le hizo entregar la nota? ¿No había salido precisamente del museo de figuras de cera de Roselle Park?

Por eso iba ahora Rock hacia allí.

Avanzaba a poca velocidad por las arterias sobrecargadas de

tráfico.

Una vez en la zona inmediata, estacionó el coche y entró a pie. Se dirigió en línea recta al museo.

Aún no había nadie.

Cuando aquello constituía un buen negocio era en los días de fiesta, al llenarse el parque.

El joven pagó su entrada y se coló en el interior.

Había muchos sitios en que buscar allí. Quizá había trabajo para una semana entera.

Sin embargo Rock County tenía su propia inspiración, su propio instinto. Se dijo que la pista tenía que encontrarla en la figura de cera de Elaine Simpson, aquella figura de casi mágica belleza.

Mientras rodaba a través de Manhattan, dirección a Jersey City, había conocido por la radio del coche una noticia que antes no le hubiera afectado, pero que ahora resultaba muy importante para él: Harry Stewart, el viejo exconsejero presidencial, acababa de morir. Las exequias solemnes, con presencia de numerosas personalidades del Gobierno, se celebrarían en la Casa Blanca.

No asistiría el presidente Nixon, que estaba de viaje.

Pero así muchas de las más importantes personalidades del país.

Mientras caminaba hacia el museo de las figuras de cera, Rock pensaba en todo eso.

Harry Stewart vería descansar sus restos en un «Forester especial», es decir, en el ataúd del que habían tratado de apoderarse aquellos asesinos. ¿Por qué? ¿Qué relación existía entre una cosa y otra?

Aún seguía Rock pensando en eso cuando se situó ante la figura que representaba a Elaine.

Siempre le ocurría lo mismo.

Quedaba asombrado ante la sensación de realismo que daba. Ante su soberana belleza.

No era más que una figura de cera y parecía una mujer completa. Una mujer de verdad, capaz de hablar, de sentir, de amar...

El joven empezó a acariciarla.

Parecía un fetichista.

Hay maníacos que se excitan ante las estatuas, ante el pelo de las mujeres, ante pedazos de sus vestidos, ante los zapatos... Rock

County parecía uno de éstos, pero el diablo sabía que no lo era.

Buscaba algo muy concreto.

Algo que podía haber hecho a aquel maldito japonés venir hasta un sitio tan lejano.

Y al fin lo encontró.

Apretó los labios.

¡Por todos los infiernos!

¡Allí estaba el magnetófono en miniatura! ¡Allí, entre el pelo natural de la figura de cera! ¡Allí estaba incluso el supersensible micro que registraba cualquier voz y transportaba los sonidos hasta la cinta!

El joven cerró un momento los ojos.

Sus nervios vibraban ante la importancia del descubrimiento.

La estatua era una especie de «estación receptora» de mensajes. Luego alguien que la conocía muy bien retiraba la cinta del pequeño magnetófono y colocaba otra.

¿Y quién conocía la estatua tan bien?

¿Quién, sino el propio hombre que la había construido...?

Fue entonces cuando Rock County captó aquel pequeño chasquido a su espalda.

Fue entonces cuando se volvió sintiendo que muy cerca de él pasaba el sopro helado de la muerte.

CAPÍTULO XIV

No tuvo ninguna sorpresa. Las dos únicas personas que podían amenazarle allí eran el japonés de las piernas cortitas o el que había preparado con sus manos todas aquellas figuras de cera. Y resultó ser este último. Resultó ser Alexander Simpson.

Éste tenía los ojos entrecerrados.

Le apuntaba fijamente con una «Luger» provista de silenciador.

Podía acribillarle allí sin que nadie se diera cuenta, sin que se turbara ni el reposo espectral de las figuras de cera.

Alexander Simpson musitó:

—Suelte eso.

Rock lo dejó caer al suelo.

Pero no hizo ningún movimiento más. No soltó su «38», confiando en que el otro lo olvidase.

Los ojos del artista brillaban quedamente.

Había en ellos una especie de desesperación.

Rock musitó:

—¿Se da cuenta de lo que hace, Simpson?

—Claro que me doy cuenta.

—No, no lo ha pensado bien.

—¿Por qué?

—Soy un federal. No le conviene jugar conmigo.

—El mundo está lleno de federales que revientan algún día.

Nadie le echará en falta, perro.

—¿Puso usted eso ahí?

—¿De qué me serviría negarlo? —musitó Simpson.

—¿Para qué lo puso?

—La cosa está clara, ¿no? Para recibir mensajes.

—¿Mensajes de quién?

—No es usted quien tiene las cartas en la mano, sucio federal. Soy yo y por lo tanto soy yo quien juega. Deje de hablar y colóquese

ahí. Ahí, en la pared del fondo...

Rock palideció.

Era el sitio mejor iluminado y donde podría matarle sin que él tuviera la menor posibilidad de defensa.

Simpson musitó:

—¿Lleva su revólver?

—Pues..., pues claro que sí.

—Desabroche su americana.

El obedeció. Se vio perfectamente la culata en la funda sobaquera, igual que había ocurrido en el vagón del ferrocarril, cuando le amenazó el tipo salido del ataúd.

—Suéltelo. Tome con dos dedos la culata y envíelo bien lejos de usted, County.

—Por última vez, piense en lo que hace, Simpson.

—Lo he pensado.

Rock intentó desesperadamente ganar tiempo.

—¿Qué tiene usted que ver con los japoneses? —musitó.

Notó que había dado en la diana. Notó que el otro inclinaba la cabeza, en una especie de sacudida de sorpresa, ante aquella pregunta que no entendía.

—¿Los japoneses? —musitó.

—Sí, los japoneses —dijo Rock—. Precisamente por causa de ellos estoy aquí.

—No le entiendo, Rock.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Creí que eran los árabes —dijo Alexander Simpson.

Ahora el que no lo entendió fue Rock. ¿Los árabes? ¿Qué demonio significaban los árabes? ¿Qué pintaban allí?

Aunque recordó muy bien, de todos modos, que el tipo de los ojos bonitos, el que había tratado de apiolarle en la estación del suburbano, le había producido la confusa sensación de ser un árabe. ¡Pero todo era ya impreciso, tan lejano! ¡Todo se mezclaba de tal modo en su cerebro!

Rock se aferró a aquella especie de confusión para ganar tiempo ante el otro.

—¡Oiga, Simpson, hay algo que usted no sabe!

Los dientes del artista chirriaron.

—No me importa saber nada más —dijo roncamente—. Haga lo

que le he ordenado, County.

El federal tomó con dos dedos la culata. Sabía que estaba perdido porque leía una inflexible determinación en los ojos del otro.

Alzó el revólver con dos dedos, como si fuera a lanzarlo... y en efecto lo lanzó. Pero lo hizo de una forma tan magistral, tan calculada, que desorientó por completo a Alexander Simpson.

El calibre 38 había ido directamente al cañón de la «Luger», con una precisión matemática.

La bala de la «Luger» brotó en silencio.

Pero se encontró delante con la barrera del «38». El plomo envió a éste por los aires y luego se desvió. Tampoco hubiera podido alcanzar a Rock, de todos modos, porque éste ya se había lanzado de flanco, colgándose materialmente de una de las cortinas rojas.

Simpson lanzó un rugido.

Aún no comprendía cómo podía haber fallado. El, después de todo, era un experto. Nunca le habían desorientado así.

Tampoco comprendió lo que sucedió luego.

El terrible puntapié le había alcanzado de lleno en el mentón. Saltó hacia atrás mientras le parecía que estallaba su cabeza.

Soltó el arma.

El impacto había sido de los que hacen temblar todo el interior del cráneo.

Rock le propinó entonces un terrible corto al estómago. Lo envió contra una de las paredes.

Todo el edificio pareció temblar.

Simpson no era tan fuerte como él. Temblaba de rabia.

Rock County saltó de nuevo para ponerse a la mejor distancia. Disparó sus dos brazos al estilo del viejo maestro que durante tanto tiempo le hizo expulsar sangre.

Simpson quedó lívido.

Sus pulmones parecían haberse secado.

Sus piernas fallaban.

Con los ojos en blanco cayó estrepitosamente, mientras Rock se disponía a recuperar su arma.

Pero no pudo.

En aquel momento, cuando más seguro estaba ya de su victoria, todo su cuerpo fue sacudido por una especie de espasmo mortal.

CAPÍTULO XV

La bala había ido en línea recta a su cabeza. Si no le alcanzó de lleno —y eso Rock, en el primer momento, no pudo comprenderlo— fue porque se había inclinado bruscamente para tomar el revólver entre sus dedos. El plomo que hubiera debido perforarle la nuca sólo le rozó el parietal, pero le produjo una crispación tan violenta que Rock chocó contra una de las paredes y perdió el conocimiento.

Su último pensamiento, mientras todo se nublaba ante sus ojos, fue: «Estoy listo».

Sabía que ahora le rematarían. El que acababa de disparar desde su espalda no fallaría el nuevo tiro.

Hizo un inútil gesto de defensa mientras sus ojos se volvían blancos.

Era el fin...

Por eso, cuando unos minutos más tarde recobró el conocimiento, creyó estar soñando. Creyó por unos instantes que acababa de despertarse en el Más Allá. ¿Pero pertenecían al Más Allá aquellos rostros asustados? ¿Venía del otro mundo aquella cara gorda, burguesa del tipo que se abanicaba con un sombrero de paja?

Rock County no tardó en darse cuenta de que había otras personas con él, además del hombre gordo. Un par de niños, una anciana, un sacerdote con un alzacuello que casi le ahogaba... No, no eran habitantes del otro mundo, sino visitantes del museo de las figuras de cera. Todos parecían muy asustados y todos le señalaban angustiosamente.

En el castigado cerebro de Rock comenzó a hacerse un rayo de luz. Seguramente iban a rematarle cuando entraron todos aquellos visitantes. Ellos impidieron, sin saberlo, que le abrieran la cabeza con una bala. Habían provocado la huida de la persona que disparó.

¿Y Alexander Simpson?

El joven miró en torno suyo.

No había ni rastro de él.

Alexander Simpson se había esfumado, así como también la persona que disparó contra Rock desde la espalda.

—¿Han visto a alguien? —preguntó al sacerdote—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Sólo hemos visto a un hombre —contestó el interrogado—. Nos ha dicho que acababa de caerse y que se había hecho daño. Ha salido por la puerta principal.

—¿Era un hombre de media edad, alto, con un aspecto muy digno?

—Sí, eso mismo. Parecía un viejo militar británico.

Rock se mordió el labio inferior.

—Gracias —suspiró.

Alexander Simpson se había largado y ya no sería fácil encontrarle. Pero Rock County tenía motivos para estar satisfecho, después de todo, y no sólo por el hecho de haber salvado la piel. Ahora sabía ya quién era el organizador de aquellos crímenes, aunque no supiera todavía qué diablos podía pretender con ellos.

Atravesó Roselle Park de parte a parte, hacia la salida del recinto. Quería ir en busca de su coche y hablar con la sede central del FBI en Washington.

Ahora ya sabía lo suficiente como para poder dar un informe. Y sobre todo pediría que se organizase una auténtica redada para capturar a Alexander Simpson.

Vio su coche.

Estaba en el estacionamiento donde él lo había dejado. Pero al aproximarse más, le pareció que alguien estaba en el interior.

¿Un ladronzuelo? ¿Un tipo que intentaba ponerlo en marcha haciendo el clásico «puente»?

Rock apretó los puños.

Estaba él ahora para ladronzuelos.

Le dejaría tal cara que tendría que llevársela a un sastre para que se la cosiera por pedazos.

Pero al seguir acercándose vio que el que estaba levemente inclinado en el asiento no era un desconocido. Era..., ¡era el propio Simpson!

Los ojos de Rock se enturbiaron.

Quizá el muy maldito le estaba colocando una carga de plástico adosada a algún contacto eléctrico. Pensaba hacerle volar en pedazos, pero había empezado el «trabajo» demasiado tarde.

Rock County ya estaba allí.

Iba a meterle el plástico por una oreja y se lo iba a hacer salir por otra.

Abrió de repente la puerta mientras ponía la derecha sobre la culata de su revólver.

Y de pronto el cuerpo de Alexander Simpson, que estaba medio inclinado y apoyado en la portezuela, como si manejara alguna cosa bajo el tablier, resbaló hacia afuera.

Rock ahogó una exclamación.

Sus ojos se desencajaron.

La sangre que ya había empapado el asiento resbaló entonces como un torrente incontenible fuera del coche.

Alexander Simpson tenía un puñal clavado a la altura del corazón.

El mango, de fina orfebrería, sobresalía por un borde de la americana.

No llevaba muerto ni dos minutos. La sangre aún seguía manando con toda su fuerza.

Rock County estaba consternado.

Aquello parecía cambiarlo todo.

No sabía qué pensar.

Era como si de repente el mundo entero se hubiera puesto a girar en torno suyo.

Pero lo que giraba hacia él era otra cosa.

¡La granada!

¡Aquella bomba de mano que acababan de lanzarle desde un coche que venía a poca velocidad!

La vio en el último instante.

Fue como un zumbido que llegara hasta él, como un moscardón gigante que se le acercara por el rabillo del ojo izquierdo.

Todos los músculos de Rock County se dispararon.

Su cuerpo salió despedido en vertical. Fue algo así como un cohete «Júpiter» que saliera de Cabo Kennedy, pero con la diferencia de que no iba hacia la luna, sino hacia una bomba.

Casi la rozó.

La bomba y él se cruzaron materialmente y se estrellaron en dirección contraria.

El artefacto estalló materialmente dentro del coche, haciendo pedazos el cuerpo de Alexander Simpson y convirtiendo el depósito de gasolina en una gigantesca tea. El vehículo estalló. Los cálculos habían estado bien hechos para que Rock se encontrara en el centro de la fantástica hoguera.

Si llega a intentar ladearse, a intentar protegerse, por ejemplo, debajo del coche, de su cuerpo no habría quedado nada.

Hubiera sido algo así como meterse él mismo en un horno.

Pero ahora estaba a cierta distancia, y pudo girar dos veces sobre sí mismo mientras las llamas saltaban casi materialmente encima suyo. Sacó el revólver instantáneamente mientras veía al coche, un «Pontiac» azul, que se lanzaba vertiginosamente hacia él.

Al volante había un japonés alto, delgado.

Y junto a él..., ¡el japonés más bajito! ¡El tipo que, sin duda, le envió el mensaje, después de salir del museo de cera!

Era éste el que empuñaba una pistola automática, con un cargador doble que la convertía en una verdadera ametralladora.

Envío una ráfaga.

Las balas picotearon el asfalto junto a la cabeza de Rock, mientras éste saltaba de costado. Algunas personas que estaban a distancia chillaron, pero el joven sabía que nadie podría ayudarle. El «Pontiac» vino hacia él como un bólido.

Trataba de arrollarle.

Si Rock escapaba a las balas, quedaría de todos modos convertido en una piltrafa.

Vio las ruedas venir hacia su cabeza.

Saltó en el último segundo. Fue a estrellarse de cabeza contra otro de los vehículos aparcados, y por unos instantes quedó medio desvanecido.

El golpe había sido demasiado fuerte, a causa de la furia con que acababa de lanzarse Rock con tal de escapar. El «Pontiac» pasó como una bala junto a él y el conductor frenó en seco al darse cuenta de que había fallado. Hizo maniobra, con una rapidez inaudita, para embestir a Rock, tendido en el suelo.

Mientras tanto el japonés bajito disparó dos veces.

Las balas se hundieron en la carrocería, junto a la cabeza del

federal.

Su compañero, al mover tanto el coche, no le ayudaba demasiado. El bajito masculló:

—¡Quieto un momento, Kren! ¡Quieto!

—¡No hace falta! ¡Voy a por él!

Rock County comprendió que los dos coches iban a chocar estando él en medio.

Iban a hacer sencillamente un emparedado de carne picada.

Con los ojos dilatados por el horror, se contorsionó con una agilidad que ni él mismo sabía que tuviera. Pero la sensación de muerte centuplicaba sus fuerzas. Materialmente se deslizó bajo el coche mientras el «Pontiac» lo embestía.

Todo un lado de la carrocería se hundió.

El sitio en que había estado Rock quedó convertido en una especie de granizado de Coca-Cola.

Si llega a quedarse allí, no le encuentran los dientes ni con lupa.

Pero él estaba ya bajo el coche, que sin embargo salió despedido por los aires. Quedó unos momentos al descubierto mientras el «Pontiac» giraba.

Los neumáticos chirriaron locamente.

Aquello era como una música macabra.

—¡Allí!

Era Tesio el que había gritado. Envío una bala, pero el «Pontiac» seguía moviéndose demasiado y no podía apuntar bien.

Rock se lanzó hacia un poste del aparcamiento. En él se indicaba «Members Only».

Se abrazó a él con los diez dedos.

Su cuerpo quedó como una bandera.

Con los dos brazos tensos, estaba tendido en el aire.

El «Pontiac» rugió de nuevo.

Venía hacia él.

Era un auténtico bólido.

Aprovechando el propio impulso que llevaba, Rock dio una vuelta completamente en torno al poste, como si fuera una hélice, y de pronto se soltó. La fuerza centrífuga le hizo salir despedido como un rayo. Fue a caer de lleno en un descapotable que estaba estacionado a poca distancia.

El «Pontiac» se estrelló contra el poste.

Lo arrancó de cuajo.

Pero lo poco que quedaba de su parachoques se hizo migas. Una aleta se desprendió. El japonés bajito recibió un golpe terrible en la frente y empezó a acordarse de todos los honorables antepasados del que conducía.

—¡Cuidado! ¡Allí!

Tesio envió una nube de plomo contra el descapotable. La carrocería quedó acribillada. Si Rock llega a estarse quieto al menos esta vez, hubiera quedado convertido en un colador.

Pero ya se había deslizado por la otra portezuela del descapotable. Tenía su revólver en la derecha.

Disparó por debajo del vehículo.

¡Blam!

Uno de los neumáticos delanteros del «Pontiac» acababa de estallar. Todo el coche giró vertiginosamente.

Parecía una peonza.

Arrancaba chispas al asfalto y los chirridos llenaban el aire.

Patinando sobre dos ruedas, el «Pontiac» logró enderezarse. Rock gateó sobre sus codos y apretó el gatillo otra vez.

¡Blam!

Ahora había sido un neumático trasero. El «Pontiac» brincó sobre sí mismo. Fue como una bala hacia la derecha.

La gente seguía aullando.

Pero ahora el que más aullaba era Tesio.

Tenía los ojos desencajados.

Las manos parecían querer sujetar el parabrisas cuarteado.

Lo único que pudo aullar fue:

—¡Nooooo...!

Kren también tenía las facciones lívidas.

Intentó detener el coche.

Iba en línea recta hacia la pira funeraria..., ¡donde se estaba asando el cadáver de Simpson!

—¡No puedo detenerlo! ¡Cuidado! ¡Nooooo...!

El «Pontiac» patinaba y los frenos no le obedecían.

Se deslizó de costado hacia el fuego.

Se escucharon dos alaridos inhumanos.

El propio Rock County tuvo que cerrar los ojos. No había

imaginado un final así ni tampoco lo deseaba para su peor enemigo.

El «Pontiac» se empotró entre las llamas.

Su propio depósito de gasolina estalló.

Los dos hombres, que habían abierto las portezuelas, no consiguieron salir a tiempo. Kren y Tesio se convirtieron en dos antorchas humanas que se contorsionaban, aullaban, se movían... ¡Se hundían en el pozo de la muerte!

Rock se puso en pie. Parecía un borracho. Con la placa en una mano y el revólver en la otra, se acercó a los policías que corrían hacia allí. Tambaleándose, tuvo que apoyarse en uno de los coches.

No se fijó en que había una chica sacando el saco de herramientas.

—¡Eh, cuidado! —gritó ella—. ¡Mire dónde mete las manos, amigo! ¡Las tiene más duras que una llave inglesa...!

CAPÍTULO VI

Muertos los dos hombres —mejor dicho, los tres— que para Rock County eran los organizadores de todo aquel misterio, no tenían ya nada que temer. La verdad era que no llegaba a comprender lo sucedido, pero liquidados Simpson, Tesio y su ayudante Kren, ¿qué podía temerse ya?

De todos modos, Rock County fue a Washington.

Había allí un solo punto que aún seguía flotando en el misterio, y ese punto se refería al ataúd de lujo, al «Forester especial» con el que aquellos tipos habían tratado de hacerse. ¿Para qué lo querían? ¿Qué buscaban en él? Ése era el punto que Rock aún no había aclarado, y por eso fue a la capital de los Estados Unidos.

Llegaba con el tiempo justo.

En la Casa Blanca se estaba celebrando ya la ceremonia oficial de homenaje a la memoria de Harry Stewart. El viejo consejero presidencial, recientemente fallecido, estaba siendo despedido por algunos de sus ayudantes —hoy personajes muy influyentes en la política del país—, por varios secretarios de Estado[1], por algunos embajadores a los que había tratado íntimamente y por más de quince senadores y miembros de la Cámara de Representantes. Sólo faltaba el presidente para que aquello estuviera «al completo». Pero el presidente había excusado su asistencia porque no podía interrumpir un viaje oficial. De todos modos, una nutrida y brillante representación se había reunido aquella noche en el gran vestíbulo, mientras la bandera del edificio ondeaba oficialmente a media asta.

Rock County, a quien habían provisto de un pase especial después de pedirlo casi de rodillas, atravesó el jardín y llegó hasta el vestíbulo. Llevaba ropas nuevas, se había afeitado y parecía un tipo muy distinto de aquella especie de canguro humano que había tenido que jugar con la muerte entre los coches de Roselle Park. Lo único que no le faltaba era el revólver, pero no pensaba ni por

asomo usarlo en una ceremonia fúnebre con gente de tanta importancia. Lo único que quería era mirar, estar atento, averiguar algo tal vez...

El ataúd no había llegado.

Sólo estaba el túmulo.

El ambiente era silencioso, casi dramático en el vestíbulo que había visto tantas ceremonias oficiales, bien distintas de ésta.

Los asistentes al acto carraspeaban discretamente. Uno de los viejos ayudantes de Harry Stewart se disponía a leer unas cuartillas de despedida en nombre de la nación. Un par de coronas de laurel estaban preparadas para el acto oficial del entierro.

Sólo faltaba el cadáver.

Pero el cadáver había salido ya del domicilio en el «Forester» especial. Después de tantas aventuras, al fin el ataúd había estado a punto. Todos alzaron las cabezas cuando oyeron al fin el leve rumor de la furgoneta negra al detenerse ante la verja.

La furgoneta llegaba sin escolta.

Puesto que la ceremonia era íntima, no se formaría el cortejo oficial hasta después de la salida de la Casa Blanca. Cuatro hombres irreprochablemente vestidos sacaron el ataúd y lo transportaron a hombros hasta el interior del edificio.

Los cuatro llevaban gafas negras.

Pasaron silenciosamente entre las hileras de asistentes al acto. Sus movimientos eran silenciosos y eficaces. Sus facciones, herméticas.

Pero nadie se fijaba en ellos. Los ojos estaban todos posados en el ataúd donde iba Harry Stewart.

Éste fue depositado en el túmulo.

Era una hermosa caja, una caja para toda la eternidad.

Nada menos que un «Forester» especial.

Como para chuparse los dedos.

Los asistentes al acto, todos ellos personas de la máxima categoría en el país, estaban situados en dos hileras delante del túmulo. Causaban un efecto curioso, tan ordenados, tan serios, tan rectilíneos, tan...

Bueno, se hacía extraño pensar eso.

Pero parecían estar esperando a que los fusilasen.

Esperando a que los fusilasen...

Esperando a que los fusilasen...

Esperando a que los fusilasen...

El pensamiento zumbaba en el cráneo de Rock. Zumbaba como un condenado timbre de alarma. Era como una obsesión. Era como una maldición. Era como...

Y de pronto Rock County comprendió...

De pronto se hizo una luz cegadora en su cerebro.

Una luz siniestra...

Ahora se daba cuenta de que los tres hombres que acababan de transportar el ataúd... ¡eran japoneses! Y el otro, el único que era occidental, se largaba. Los tres japoneses, en cambio..., ¡se quedaban allí!

Iban a abrir el ataúd, puesto que lo lógico era que, durante la ceremonia fúnebre, el cadáver estuviera expuesto. Y aunque nada se oponía a que tres empleados de una funeraria fueran japoneses (viven miles de ellos en Estados Unidos), esto resultaba demasiado casual, esto resultaba... ¡macabro!

Rock County sujetó su revólver.

Fue algo instantáneo.

Como un chispazo.

Los tres hombres estaban abriendo ya el ataúd. ¡Y dentro no apareció ningún cadáver! ¡Dentro estaban simplemente las metralletas y las bombas de mano! ¡Dentro estaban las máquinas de matar!

Rock County lanzó un salvaje alarido.

Instantáneamente lo comprendió todo.

Mientras el cuerpo de Harry Stewart viajaba en uno de los dos ataúdes (seguramente el primero, el perforado), los japoneses del comando suicida habían dado el cambiazio tras robar el otro, el de repuesto. Para dar el cambiazio bastaba abordar la furgoneta en una calle poco concurrida del trayecto, meterla en un garaje, matar a sus ocupantes, sustituirlos y sustituir también el ataúd. Total, cinco minutos escasos.

Y ése era el retraso que la furgoneta había traído.

¡Cinco minutos para la muerte!

Rock comprendió también lo que buscaban aquellos suicidas. Era una matanza por cuenta de los guerrilleros árabes, una matanza como la del aeropuerto de Tel Aviv, pero mucho más cruel, mucho

más inhumana..., ¡mucho más importante! ¡Gran parte del Gobierno de los Estados Unidos sería aniquilado! ¡Los guerrilleros llevaban su venganza al final, porque el Gobierno norteamericano era su enemigo! ¡Realizarían una de las venganzas más sangrientas del mundo aunque eso les llevara al abismo!

¡Y para realizarla habían encontrado a aquellos locos! ¡Otros suicidas como los de Tel Aviv, ignorantes de que esta vez alguien los había comprado y vendido!

Las metralletas fueron montadas en un santiamén.

Los secretarios, los embajadores, los políticos, trataron de cobijarse.

Pero no podían.

Estaban en un terreno despejado, sin posibles refugios. ¡Condenados a muerte! ¡Iban a ser bañados en su propia sangre!

La escena, aquella escena fantasmal, sólo duraría unos segundos.

Los tres suicidas no necesitarían más para barrer a todo el mundo antes de que la guardia exterior los aniquilase a ellos.

Pero no sabían que Rock County estaba allí. Rock County con su maldito calibre 38. El federal hizo fuego contra el que huía y le voló la cabeza. Luego enfiló con su cañón a los tres orientales.

Uno había logrado disparar.

Destrozó materialmente el cuerpo de uno de los embajadores.

Pero la bala de County le entró por la nuca y le salió por la boca. La metralleta cayó mientras enviaba una última ráfaga al suelo. Los otros dos se volvieron instantáneamente.

No habían esperado aquello.

Sus facciones estaban demudadas.

Sus ojos entornados en una última mueca de odio.

Rock County disparó dos veces más.

La primera bala casi patinó por encima del ataúd.

El japonés la recibió en el estómago. Soltó con un movimiento espasmódico la metralleta y la granada, de la que ya había quitado el seguro. Cayó sobre ambas cosas.

Fue espantoso.

Todo su cuerpo se desintegró. La explosión le había alcanzado tan de lleno que fue como si la bomba estallara en uno de los bolsillos de su propia americana. Los alaridos se hicieron ahora ensordecedores.

Pero Rock County no los oía ya. Ni siquiera llegó a ver la caída de su segundo enemigo.

La última bala había ido un poco más alta.

Voló hacia el último japonés. Éste se había vuelto con las facciones desencajadas.

Se desencajaron un poco más.

La bala le acababa de penetrar por un pómulo.

Se le hundió en el fondo del cerebro, sin orificio de salida.

Rock County bajó poco a poco el revólver.

Le parecía estar viviendo un sueño.

Una pesadilla de sangre.

Pero era una pesadilla de la que al menos había podido despertar vivo. Una pesadilla con cadáveres que se perdían, pero que al menos a él le había dejado con los huesos enteros...

O casi...

A la mañana siguiente ni la Prensa ni la televisión habían dado aún una noticia detallada de los hechos. El tiroteo de la Casa Blanca estaba, para el público, envuelto en nebulosas. Sólo se sabía que algo había ocurrido, pero sin que se tuviera aún ninguna nota oficial. Y esa nota oficial, aunque pareciera mentira, dependía exclusivamente de Rock County.

Existía un detalle importante que aún estaba por aclarar: el magnetófono miniatura instalado entre la hermosa cabellera de la figura de Elaine Simpson había desaparecido después del tiroteo en el museo. Era un elemento de prueba esencial, pero seguramente irrecuperable, porque tanto si se lo había llevado Simpson, como si se lo habían llevado los dos japoneses, el magnetófono habría quedado destruido por las llamas.

Por tanto, allí faltaba un eslabón, algo que relacionara la matanza de la Casa Blanca con los misteriosos sucesos de Roselle Park.

Rock County hizo entonces lo que los federales solían hacer en estos casos: buscar las pruebas sin ruido antes de la declaración oficial. Necesitaba ir otra vez al museo, buscar en la figura de cera el sitio donde estuvo emplazado el magnetófono y hacer venir a un técnico para que la examinase. Eso permitiría tener un principio de culpabilidad contra el ya difunto Alexander Simpson y aclararía muchas cosas antes de dar una explicación al público.

Rock ya disponía de la orden judicial para hacer entrar a un técnico allí, pero al principio entró él solo. Necesitaba asegurarse y no cometer ningún error. De modo que compró su billete y penetró en el museo, que tenía la misma atmósfera quieta e irreal de siempre. El silencio llegaba a ahogar. No había nadie, como de costumbre, y bastantes figuras aún estaban ocultas tras sus cortinas rojas.

Pese a la muerte del dueño, aquello no había sido cerrado. Pero tenía un aspecto abandonado, triste. Una especie de sombra de muerte flotaba sobre cada una de aquellas espectrales figuras de cera.

Los ojos de Rock County se enturbiaron.

Elaine Simpson estaba allí.

Tan hermosa, tan tentadora, tan pletórica como siempre.

Lástima que sólo fuese una figura creada por las manos maravillosas de un artista ya muerto.

Rock County sentía una extraña emoción.

La figura... ¡era tan suave, tan perfecta!

¡Sus líneas tenían tanta morbidez!

¡Palpitaba en ella tanta sensación de realismo!

Buscó entre sus cabellos. Los apartó suavemente. Rozó la fina piel.

¿La fi... fina... pi... piel?

¿Aquella piel que aún estaba caliente?

¿Aquel roce de seda?

¿Aquella figura viva?

Elaine había cerrado los ojos un momento. Su escultural anatomía se había movido. Una mirada densa y maléfica se clavó unos segundos más tarde en el rostro de Rock.

Éste se había hundido otra vez en el pozo del estupor, en el pozo de la pesadilla. No sabía qué pensar.

¡Por todos los infiernos!

¡Aquella no era la figura de Elaine Simpson, sino la propia mujer en carne y hueso!

Pero el asombro de Rock no fue nada comparado con el que sintió un instante después. Cuando notó la presión de aquel revólver en la nuca y una voz que conocía bien, la voz del hombre de los ojos hermosos que ya había tratado de liquidarle en el suburbano

dijo:

—Tú mismo has venido al fin del mundo, maldito federal. Vas a convertirte en lo que siempre debiste ser: en una sucia figura de cera...

Rock County sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Lo que comprendió después de aquellas palabras fue tan brutal que una sensación amarga llegó casi a ahogarle. Comprendió, en efecto, quién era el que había disparado contra él cuando peleaba allí mismo contra Alexander Simpson. Había sido la propia Elaine. ¡La propia Elaine, quien no pudo rematarle por la llegada de los visitantes! ¡Y quizá era ella misma la que había asesinado después a su propio marido!

—Alexander era inocente, ¿verdad? —bisbiseó Rock—. El no sabía nada...

—No, no supo nada hasta que tú recogiste el magnetófono —dijo Elaine con voz fría, metálica—. En efecto, mi figura de cera era una especie de estación de comunicaciones que recibía mensajes; lo que ocurre es que la cinta grabada la retiraba yo y no mi marido. El no supo nada hasta que lo descubriste tú.

—Pero ¿por qué me atacó? ¿Por qué quiso aparecer como culpable?

—Para que no pudieses acusarme jamás. Estaba claro que si el culpable no era él, tenía que serlo yo. Y como me amaba tanto, como me amaba por encima de todas las cosas, trató de salvarme... aun a costa de hundirse él. Por eso te atacó. Pero yo lo hubiera resuelto todo si no llegan a entrar en ese momento aquellos visitantes imbéciles...

La garganta de Rock le hacía daño.

Le costaba hablar.

Dijo apenas sin voz:

—¿Pero..., pero qué pretendías?

—Organizar una matanza peor que la de Tel Aviv. Demostrar que el movimiento guerrillero palestino sigue siendo poderoso y fuerte. Hundir a los miembros del Gobierno de este país, que son nuestros enemigos.

—Pero..., ¡pero Elaine! ¡Tú eres judía! ¡Eres judía como lo era Alexander Simpson!

—Yo, sí. Ahmed no.

Y señaló con el mentón hacia atrás, hacia el hombre joven, hacia aquel figurín que apuntaba a la nuca de Rock. Y entonces Rock lo comprendió brutalmente todo. Entonces se dio cuenta de que ella era la amante de aquel cerdo, de que lo había organizado por él todo. De que se había hundido en la ciénaga porque aquel buitres la empujó, porque la hizo suya, porque la forzó a olvidar su deber, sus sentimientos, su conciencia humana...

Un frío odio se apoderó de Rock.

Un odio meticuloso, mortal, que iba más allá de la vida.

—Este tipo —dijo suavemente— no es más que un asqueroso vividor. Dice que representa a los guerrilleros palestinos, pero sólo se representa a sí mismo. El dinero que recoge para ayudarlos se lo debe quedar él. ¡Y estoy seguro de que esta asquerosa venganza, de que la matanza de la Casa Blanca, sólo tenía un objeto! ¡Pedir una elevada suma para no repetirla! ¡Ganar una fortuna! ¿Y tú has caído tan bajo Elaine? ¿Por ese maniquí que huele a perro sarnoso has perdido al hombre que más te amó en el mundo? ¿Por él has olvidado tu dignidad, tu conciencia?

Ella lanzó una especie de chillido.

Fue un chillido brusco, angustioso, como si de pronto le hubieran clavado cien alfileres en el cuerpo.

Las palabras la herían más que las balas. En el fondo de sí misma algo se rebeló contra su propia miseria moral, contra su propia degradación. Gritó, mientras sentía una especie de asco de sí misma:

—¡Mátale ya, Ahmed! ¡No le dejes hablar más! ¡No lo dejes...!

El árabe apretó el gatillo.

No esperó ni un segundo.

Pero él no sabía que estaba luchando contra un verdadero profesional, contra un hombre que conocía cien veces más que él los secretos de la muerte. Rock County no había hablado por el gusto de hacerlo, sino para ganar unas décimas de segundo preciosas. En el momento en que la mujer chillaba, élladeó frenéticamente la cabeza y golpeó con el tacón derecho un tobillo de su enemigo.

La crispación del cuerpo del árabe fue instantánea.

Apretó el gatillo maquinalmente, pero ya no tenía allí la cabeza de su víctima. Chilló como una rata.

Rock se había vuelto.

Era un auténtico ciclón.

¡Y el revólver ya estaba en su derecha! ¡El revólver con el que tantas veces había sembrado la muerte!

Ahmed intentó cambiar la posición de su pistola.

Las dos balas le segaron por la cintura. La tercera le atravesó el pecho. La cuarta le destrozó la boca.

Su rostro no era más que una máscara de sangre.

Apenas tenía apariencia humana.

Elaine chilló desesperadamente mientras caía de rodillas, mientras se llevaba las manos a los ojos, masticando su propio dolor. Elaine, que se había dado cuenta de su propia degradación, de su propia miseria moral, arañaba el suelo espasmódicamente.

—Mátame... —gimió—. ¡Mátame de una vez, maldito...!

Rock guardó el revólver poco a poco.

Sentía una honda, una angustiosa pena en su interior.

—Te necesito viva para que hables —musitó—, y además nunca mataría a sangre fría a una mujer. Por otra parte, es mejor que te des cuenta de lo que has hecho... Es mejor que vivas para sufrir. Es mejor que revientes de vieja en una celda...

Vio las lágrimas en los ojos de la mujer. Se dio cuenta de lo terrible de su desesperación. Por un momento casi llegó a sentir pena.

—Pero no te preocupes demasiado —musitó—. La gente, después de todo, tendrá un buen recuerdo de ti. Siempre quedará tu figura de cera...

FIN

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España

NOTAS

[1] Un llamado «secretario» presidencial (por ejemplo el de Justicia, el de Comercio, el de la Marina), tiene en Estados Unidos la categoría que en Europa se da a un ministro. (N. del A.). < <